



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

MI MORADA CÓSMICA

Historias y perfiles

Walter Mondragón López

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2023

MI MORADA CÓSMICA

Historias y perfiles

Walter Mondragón López

Tesis o trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Escrituras Creativas

Director:

PhD. Guido Tamayo Sánchez

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2023

A mi familia, a la que amo y es mi polo a tierra.

La juventud es la etapa de la vida en la que el hombre aprende.

W.M.

Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

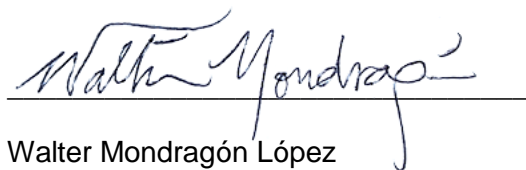
Yo, WALTER MONRAGON LOPEZ, IDENTIFICADO CON Cédula de ciudadanía # 16347643, autor del libro de literatura: MI MORADA CÓSMICA, Historias y perfiles, declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



Walter Mondragón López

Fecha 27/11/2023

Agradecimientos

La gratitud del corazón celebra lo que los otros le brindan. Por consiguiente, permítaseme agradecer a la Universidad Nacional de Colombia, a su Facultad de Artes, y particularmente, a la Maestría de Escrituras Creativas que dirige felizmente el poeta Carlos Satizábal Atehortúa, por abrirme este espacio universal en el que hemos aprendido tanto en tan corto lapso. A mis maravillosos Maestros, y eximios Tutores, y a mis estimados compañeros quienes igual nutrieron con sus trabajos y opiniones mi perspectiva literaria; a Judith Fandiño pues gracias a su ayuda (admito que soy un tipo despistado) diligente y oportuna, pude cumplir con las clases y mis planas. De la misma forma que agradezco de la manera más entrañable a Cogancevalle, mi institución favorita, y en su nombre a su gerente Leidy Diana Hincapié Bermúdez, por su gran apoyo y consideración, que hicieron posible en buena parte la realización del trabajo literario en vuestras manos.

Resumen

Título en español: MI MORADA CÓSMICA Historias y perfiles

MI MORADA CÓSMICA Historias y perfiles, es un libro de relatos breves que basculan entre la crónica literaria y el relato autobiográfico y un poco de poesía. Este es apenas una muestra de una serie de ejercicios literarios escritos a lo largo del lapso en que ha transcurrido la Maestría de Escrituras Creativas (2022-2023) de la cual he sido felizmente partícipe, que ha detonado en mí, que ejerzo el periodismo desde hace medio siglo, el deseo de escribir ficción. Son 68 textos que he segmentado en tres partes: 1. Relatos autobiográficos. 2. Crónicas Follequinescas. 3. Relatos. División que corresponde al subgénero predominante en cada parte, aunque, en conjunto comparten rasgos estéticos tales como: brevedad, levedad, rapidez, precisión, color, y tono. He creado un espacio cronotópico: Folleco, cuya cartografía se construye a medida que van sucediéndose las narraciones inspiradas en la vida de la provincia de un país irónicamente denominado Babia, cuyas vidas entretajan un gran relato trágico y cómico. Sus personajes son anónimos héroes cotidianos que intentan su hazaña vital en un entorno difícil y se parecen a mí, a usted, a aquella; que se entrelazan, se excluyen, se inventan o reinventan, sueñan o se van, construyen muros entre sí o abren sus corazones según su condición humana; aman, riñen, se marcan, se controlan mutuamente o se vigilan; hacen parte de un barrio o del pueblo con el que se identifican pero al mismo tiempo rechazan serlo.

Mi morada cósmica, pinta con pinceladas poéticas caracteres y paisajes; pergeña historias y dibuja perfiles.

Palabras clave: Crónica literaria, relato autobiográfico, poesía, Folleco, Babia.

Abstract

Título en inglés: MY COSMIC ABODE. Stories and profiles

MY COSMIC ABODE. Stories and profiles, is a book of short tales that swing between literary chronicle and autobiographical tale and a little poetry. This is just a sample of a series of literary exercises written throughout the period of the Creative Writing Master's Degree (2022-2023) in which I have happily participated, which has triggered in me, who has been practicing journalism since half a century ago, the desire to write fiction. There are 68 texts that I have segmented into three parts: 1. Autobiographical tales. 2. "Follequinescas" Chronicles. 3. Tales. Division that corresponds to the predominant subgenre in each part, although together they share aesthetic features such as: brevity, lightness, speed, precision, color, and tone. I have created a chronotopic space: Folleco, whose cartography is built as the narratives inspired by the life of the province of a country ironically called Babia take place, whose lives interweave a great tragic and comic tale. His characters are anonymous everyday heroes who attempt their vital feat in a difficult environment and look like me, you, that one; that intertwine, exclude each other, invent or reinvent themselves, dream or leave, build walls between themselves or open their hearts according to their human condition; they love, quarrel, mark each other, control each other or watch each other; They are part of a neighborhood or town with which they identify but at the same time they reject being so.

My cosmic abode, paints characters and landscapes with poetic brushstrokes; Create stories and draw profiles-

Keywords: Literary chronicle, autobiographical tale, poetry, Folleco, Babia.

Contenido

	Pág.
Resumen	IX
Introducción	1
1. Relatos Autobiográficos	5
1.1 Las razones de Cupido	5
1.2 Vivir en Babia	7
1.3 El día de los claveles.....	8
1.4 Crónica de Juguete	10
1.5 Navidad 1963	11
1.6 Descartados	12
1.7 Entero y libre	12
1.8 El enciclopedista de Folleco	13
1.9 La novia del paseo	14
1.10 El nombre no hace al hombre	16
1.11 El beso mágico.....	16
1.12 El milagro es vivir	17
1.13 Angustia	18
1.14 Una tía única	19
1.15 La hora de la purga	20
1.16 La fiesta en su estancia.....	21
1.17 Hotel Criollo.....	23
1.18 La casa es un restaurante de cuantía.....	24
1.19 Árbol de familia	25
1.20 “Con eso no se juega”	26
1.21 “Un trago amargo”	27
1.22 “Mateíto”.....	28
1.23 El país de Julio y mío	29
1.24 Edward, el adelantado.....	30
2. Crónicas Follequinescas	33
2.1 El asedio del lobo feroz en Folleco.....	33
2.2 Los administradores de Folleco.....	34
2.3 Valor, traición y cobardía.....	35
2.4 El zoco del trópico.....	36
2.5 Fellini recargado.....	37
2.6 Balance amargo y dulce.....	38
2.7 Un tiroteo en Folleco	40
2.8 Vivir para ver	41

2.9	La industria de la casa	41
2.10	El gigante Justo Bueno	42
2.11	Dos por turnos	43
2.12	El último velorio	45
2.13	Necesidad de contar	46
2.14	Exorcismo	48
2.15	Las héroes y el orate	49
2.16	El lungo viejo y la tía pata	50
2.17	El que no había tenido	52
2.18	Estafa matrimonial	53
2.19	Osama y La Chimu	54
2.20	Quiteria	55
2.21	Viajero por azar	56
2.22	Sin Dios ni ley	57
2.23	Historia de familia	58
2.24	Contra los tejedores de infamias.....	59
2.25	Lo que ha de pasar	61
2.26	Por siempre socios	63
2.27	El rey del barrio.....	64
2.28	El enemigo gratuito	64
3.	Relatos.....	67
3.1	Confesiones de Eduviges	67
3.2	Texto mosaico	69
3.3	En brazos de Morfeo.....	69
3.4	Nicias, filósofo.....	70
3.5	Teléfono negro.....	71
3.6	Hasta el último aliento.....	72
3.7	Belleza trágica	72
3.8	Un recuerdo latente	73
3.9	Orando por el universo	74
3.10	El cerco desbordado	75
3.11	La muerte sabe por qué	76
3.12	Tren de chuzo.....	76
3.13	Philtrum	78
3.14	Metamorfosis	78
3.15	100 años de V.P	80
3.16	Rompecocos.....	81
4.	Conclusiones y recomendaciones	83
4.1	Conclusiones y recomendación única	83

Introducción

Escribir es tender puentes sobre el vacío, abrir la brecha entre el silencio, dejarse ser en el espíritu de la época; cuando escribimos somos el que se desdobra entre el que está ahí y aquel que se proyecta, como querría Borges, somos el otro, y el mismo. El acto de la escritura es en sí mismo flexión y reflexión, acción y reacción, potencia y acto, alguien dice “ser en el tiempo”. La escritura filosófica o literaria en la modernidad va más allá de estar en lo real, indaga en lo nuevo y distinto, recrea, rescata, rebusca, revaloriza, promueve el hallazgo, induce la lectura, parodia para articularse a lo actual a aquello que es arte, y en ese sentido en lo que no tiene edad, lo que trasciende y nos trasciende, a la par que innova y produce cosas nuevas, provoca la fruición estética; escribir literatura es un acto de afirmación del yo poético que se sacude de lo accesorio, en un acto de rebelión suprema del espíritu, es por ello que poetizar la realidad trueca en acto de liberación, y de deliberación, el artista de la palabra dialoga con su tiempo desde el lugar de la creación, establece un punto de inflexión en la continuidad, gana para el territorio del sentido un nuevo rumbo, nos instala en un universo de realidad distinto, descubre para la humanidad una nueva arista en la perspectiva de su plenitud, y nos acerca a la utopía. Demuestra que hay otros mundos en este, como dirá Eluard, en su momento de vanguardias; el artista de la palabra se instala en las fracturas del sistema y mediante su acto creador revela las grietas vertebrales de su estructura.

Ser pensador o poeta, arriesgarse a serlo, constituye una postura ética frente al mundo; se escribe desde la diferencia, desde el reconocimiento de una identidad posible, habitando la otredad, como quiere Paz, el escritor literario es alguien que vive un inxilio y desde su no-lugar en la colmena pletórica, desde su autoexclusión no suscribe, no se inscribe, renuncia a comulgar con los dictérios que su sociedad le propone, una poeta única como Clarice Lispector, declara no pertenecer, su talento y visión la hicieron incómoda en medio de un mundo de gente acomodada, ella se reclama para sí su derecho a la no-pertenencia, su literatura originalísima revela ese carácter. Ser poeta es pues correr el riesgo de ser uno mismo, lo cual se conjuga también con el ejercicio de la escritura creativa que es ante

todo un ejercicio solitario; nadie puede escribir por ti, salvo que tengas negros, lo que constituye caso aparte, impostura, afán de vigencia, a veces, pero eso es otra historia.

Se habla de vocación, de inspiración, de iluminaciones, a la manera Rimbaudiana, y es posible que sea sí, en tanto en cuanto, la inclinación original a crear ayuda a encontrar el camino temprano, aunque excepcionalmente hubo quienes encontraron su vocación de escritores pasados los años juveniles, aunque se sorprendieron escribiendo en plena edad de la creación como declaró Saramago; se habla de talento creador, pero qué es el talento sino aplicación y gracia, en teoría, quienes tienen vocación de escritores manifiestan, en alguna medida, desde ya, esa capacidad y como el músico que nace con oído para la música revela destrezas innatas para la interpretación y la composición, así él, para leer interpretando lo escrito, a la par que escribiendo de su caletre obras literarias, pero, a diferencia del músico nato, que revela su genio creador antes incluso de tener noción del tiempo, como es caso de Mozart, el escritor nato demora más en salirse con la suya, sabemos que Rimbaud escribió hexámetros perfectos a los catorce años, pero es una rareza en la historia de la literatura, inclusive los escritores que lo fueron mediando los veinte años como García Márquez, o Vargas Llosa, se pueden considerar excepcionales todavía.

En el ejercicio de la escritura literaria convergerán además de la vocación, el ejercicio de la lectura, y el conocimiento del oficio de escritor, la interiorización de las formas, que permite replicarlas para aprehenderlas, al propio tiempo que se va dominando el instrumento que no es otro que el lenguaje, lo cual requiere aplicación y disciplina, es decir, tiempo de dedicación y esfuerzos en su aprendizaje, lo que demanda una verdadera identificación en el hacer literario, lo mismo que una lectura constante de los modelos, la investigación y desconstrucción de las estructuras que sustentan esas obras para saber cómo y de qué están hechas o la voluntad expresa de formarse en las materias implícitas en sus contenidos, pienso en la gramática del idioma en que se expresen, la semántica, la fonología y la pragmática, aunque no necesariamente pase por ese tipo de formación académica la creación literaria. De hecho, existen grandes escritores que se formaron por fuera de la academia, aunque no creo que hayan sido del todo ajenos al aprendizaje sistemático que permiten estas áreas del lenguaje.

Un poeta vivirá para, por, en y hacia la literatura puesto que no hay un oficio más exigente y demandante de tiempo y energías que el ejercicio literario, si quiere dejar su huella en el mundo; trascender en el tiempo, lo vale todo, aunque ello no supone que logre alcanzar un lugar notorio inclusive ni siquiera en el pequeño ámbito de su entorno inmediato, ya se sabe, la musa de la fama es esquiva e irreverente y no suele arropar con su mirada a muchos esforzados escritores, yo incluido, no obstante que confiemos que en el tiempo se haga justicia a nuestra obra y la gloria o la abominación eterna, esas otras musas, nos las envíen al empíreo o al bátrato, según les corresponda.

El arte de escribir es una tarea que requiere de todas nuestras potencias y facultades, quien escribe sabe que si quiere alcanzar el dominio de esta arte debe estudiar permanentemente, buscando ampliar su horizonte de posibilidades y universo de conocimientos, al propio tiempo que tiene la obligación de leer literatura para conocer el estado del arte y reconocer sus límites y perspectiva, es impensable un escritor literario que no lea; escribir es ante todo leer la realidad, por consiguiente se debe estar preparado para interpretar los mundos posibles, desde la propia mirada, y esto no se logra sin antes apropiarse de un saber literario que permita el criterio para saber qué sirve y qué no, y con base en esa formación fortalecer el espíritu crítico aun frente a la propia obra, del mismo modo que el conocimiento suficiente para decidir con acierto qué contar y cómo contarlo; sabemos que en literatura como en el mesón español, cada quien come de lo que lleva, lo cual implica que no se pueda escribir con fundamento sobre cualquier asunto, a menos que se sea un polígrafo a la manera de, por ejemplo, un Alfonso Reyes.

Encantar es clave para ser leído y este es el coco de todos los escritores: ¡Ay de aquel que no cautive! No logrará conquistar el corazón lector, sé de muchos que se han pasado la vida, buscando el secreto de la gracia, eso que los españoles llaman “duende”. No conozco la fórmula, y creo que no se sabe, todavía, pero entiendo que, con seguridad de esa fórmula mágica hace parte el ingenio -así no llegue más que a modesto trapiche- además, del humor, la inteligencia, la selección léxica, el brillo, los juegos verbales y el ritmo, todo ello agregado en el texto de manera armoniosa y sutil para ser tomado como un cocktail proteico, rico y complejo a la vez. Hay escritores con gracia y escritores ..., poetas cultos y poetas ..., ¡y los hay alados y los hay desalados ... como yo!

Muy nítido tenemos que en literatura hay tendencias de época, corrientes literarias que siguen determinadas formas estilísticas; escuelas que de alguna manera expresan las épocas, pero es claro también que el estilo es un asunto personal, y tal vez, la mayor preocupación de un escritor; llegar a escribir con voz propia supone a veces un largo recorrido, puesto que lo primero que hacemos es leer modelos y replicarlos, es difícil escapar de ciertas voces grandes que en alguna manera modelan y moderan la propia voz, quién no se ha visto “plagiando” a un Neruda, a Borges, a Rulfo, a un García Márquez después de haberlos leído como una revelación, de hecho, la propia voz, será la suma de muchas voces, en muchos sentidos, pero claro, se llega a tener un estilo literario, una voz propia, luego de interiorizar esas voces fundantes de nuestra identidad literaria, cuando logramos asimilar esa mixtura y le agregamos el timbre nuestro. Y cuándo será eso, nos preguntamos, cuando, en el ejercicio de nuestra escritura encontramos que nuestros textos conservan unidad estilística aún en los escritos más disímiles en cuanto a sus géneros o temas, hablamos con nuestra propia voz cuando nos expresamos desde ciertas coordenadas ideológicas, desde nuestras preocupaciones recurrentes, y visión de mundo. No es difícil reconocer la voz de Cervantes y diferenciarla de la de Quevedo, pese a que son de la misma época y compartieron su episteme, como no es nada del otro mundo saber cuándo habla Cortázar y cuándo Borges, no obstante que comparten nacionalidad y época, desde luego, hay voces muy diferenciadas, pienso en García Márquez, en Rulfo, en De Greiff, en Neruda quienes no sólo fundaron un estilo sino una escuela, cuyas resonancias aparecen sin quererlo en nuestras propias voces, sin que podamos evitarlo sin perder nuestro propio horizonte.

Con todo creo que la virtud mayor, en el arte de la escritura estriba en la capacidad de crear mundos autosuficientes quiero decir, que existan libres de nuestra presencia y que estos o sus personajes lleguen a ser más conocidos que el propio creador, como es el caso de Don Quijote, que nos instaló en la irrealidad de la razón, o la razón de la irrealidad, o por ejemplo, Macondo, esa aldea primigenia que nos devolvió el sentido fantástico de nuestra propia existencia y nos hizo ver disuelto el límite entre lo real y lo mágico.

Esta visión del ejercicio literario anima las páginas de: “Mi morada cósmica” que ha tenido a bien prologar William Ospina, y aprobar el también escritor y poeta Guido Tamayo, en su calidad de tutor de este ejercicio literario que bascula entre la crónica, la poesía y el relato.

1. Relatos Autobiográficos

1.1 Las razones de Cupido

Eliel era un muchacho tímido que trabajaba en construcción con la cuadrilla de obreros del papá de Albeiro Casas a quien le llamaban “El terror de las casadas”, que estando enamorado de una morena trozada cuyo esposo era agente, le pedía a Eliel que le llevara sus razones y algún chicle, y este al llegar a la puerta erubescía como si fuera el propio Albeiro. La exuberante casadita lo recompensaba con una quesadilla cuyabra de las que traía cuando iba a Armenia, y un gran vaso de agua o jugo que él bebía con avidez mientras ella escribía su habitual esquila de respuesta para “Al” su adorado tormento quien desde el otro lado de la calle le echaba ojito furtivamente haciendo que ella suspirara.

Eliel soñaba con tener un romance así o mejor y como al que espera le llega, un día de estos no abrió la puerta doña Beatriz sino la pecosa más linda del cosmos, haciendo revolotear sus cabellos ensortijados color CocaCola cuya sorpresiva presencia le hizo enmudecer y paralizarse al primer golpe de vista. De manera que si antes se ponía rojito ante Bea, esta vez mudó del rojo al pálido y del pálido al lívido y un estertor como de muerto vivo le recorrió entero: “Mi tía no está” se adelantó a responder ella que antes de que Eliel sufriera un colapso al sentirlo trastabillar corrió a traerle agüita de toronjil.

En vano, porque nuestro Eliel aprovechó su mutis para volverse humo y sustraerse de esa casa encantada.

Ardía en ganas de poder volverla a ver y Albeiro se demoraba en utilizar sus servicios y mandarlo con nuevos escritos para Bea. Entonces se acordó que yo escribía y me encargó le hiciera su propio “papelito” presentándose y pidiéndole ser su amigo.

Antes de que llegara Stella, su “Mona soñada”, le parecía hasta peligrosa la misión que cumplía para aquellos amantes clandestinos, pero ahora no veía la hora de ejercerla por ver a Stellita que enseguida leyó su misiva le aceptó, eso sí, con la condición de que su tía no se diera cuenta. Y como todo pícaro es de buenas, lo primero que le advirtió Beatriz a Eliel era que fuera discreto con las esquelas de Al, porque su sobrina no debía enterarse de eso.

Así fue como esa situación de doble clave le permitió ir en carroza sin pronunciar palabra en su relación con ese ángel de ojos color chocolate en leche, mirada a la que él llamaría las puertas del cielo. Y ante la urgencia de decirle cosas hondas llenas de inmensa pasión me pedía le escribiera nuevas misivas puesto que era analfabeta: “Admirada Stellit...” empezaba yo. “¡No hombre, eso no tiene fuerza, tiene que decirle que la amo, pero sin decirlo de frente, me entiende, porque va a creer que soy muy atarantado” Entonces corregía y encabezaba: “Stella, dulce ángel...”! “No. Tampoco, ella va a notar que no fui yo quien escribió este papel. Dígale simplemente: Estelita, antes de conocerla ya la esperaba, ¿acépteme sí?” De modo que entendí que el amor se abre paso y hace poetas hasta a los “rusos”.

Para ayudarle por los laditos yo pergeñaba otras cartitas con letras neutras y piropos, y dibujaba corazones atravesados por flechas de Cupido por las márgenes de las misivas, pasaba discretamente y las metía por debajo de la puerta sin firmar por si cayeran en las manos de Bea esta creyera que se trataba de esquelas de Albeiro, y si el agente fuera quien las descubriera esta creyera que eran de su moza.

No supe nunca si llegaron a darse aquellas situaciones conjeturadas. Por fortuna las cosas marchaban felizmente para todos.

Estela y Eliel se casaron luego de seis meses de intensa correspondencia y besos furtivos.

Se fueron a vivir solos en una piecita de arriendo. Don Octavio el papá de Albeiro le ayudó con los planos para que construyera la casa y con darle cierta flexibilidad en el cumplimiento de sus horarios de trabajo.

El día de la inauguración de la casa (aún en obra negra) dos años después, me invitaron a un almuerzo, y en la conversa ella se quejó pícaramente:

“No sé porque los hombres pierden el romanticismo cuando se casan...” (fue y sacó de su neceser un atado de misivas y cartitas de piropos) y prosiguió: “Mire W. todos los papelitos que me escribió él cuando novios”. Eliel se puso rojito y pasó al pálido, tragó saliva y comentó: “no se preocupe mi ángel que, si con estas manos fui capaz de construirle esta cueva, ladrillo a ladrillo, con estas mismas manos le volveré a ilusionar el corazón”.

Al día siguiente, después de sus labores fue y me contrató para que le enseñara a leer y a escribir con toscos dedos y henchido el corazón.

1.2 Vivir en Babia

Cuando tenía ocho años me único anhelo era tener 22, ser un barbón y estar recorriendo el mundo, a dedo, desde luego.

No se cumplieron mis expectativas, tendí a ser lampiño y mis viajes se redujeron a ir y venir de Folleco a la capital donde estaba estudiando.

Entonces, mi meta era llegar a los treinta vivo y ejercer mi oficio de reportero valientemente, pero pudo más la fuerza que el valor y acobardado, hube de albergar otro propósito viéndome cuando tuviera cuarenta de maestro.

Y, en efecto, lo fui a esa edad, pero, igual, ya deseaba por sobre todo ser escritor, y perdí el puesto, pero fui un escritor.

Hice libros y libros, y a los cincuenta, menos ansioso, era un poco de todo lo que había anhelado y sin embargo, después, reflexionando, me fui dando cuenta que había vivido en Babia, en el país de las quimeras, en la región del nunca jamás, muy lejos de la tierra, contrariando la corriente, claro, y que, poco práctico, no había conquistado el reino para la dama, ni cambiado el país, ni sembrado un árbol, ni recorrido casi nada, después de tanto anhelo, pues quien vive de ilusiones cosecha desengaños, quedándome apenas el consuelo de haber hecho aquello que pude, hasta donde mis luces alcanzan.

Pergeñé algunas obras... en veremos! y así vamos ahora, después de después, lo que me asombra y me parece gracioso (a la vez) es que se me haga imposible entender cuándo me pasaron tantos años... y todavía debiéndole a la primaria tanto tema, y cómo se me fueron al traste tantas expectativas y sueños y trabajos, olvidado de vivir; y que mi único ideal hoy día sea el tinto caliente, mientras viva, y mi expectativa se reduzca a tener (dónde esté) un baño cerca.

1.3 El día de los claveles

El barrio Palobonito vibraba de emoción el Día de la Madre, Folleco se volcaba a la festividad que organizaban el maestro Luis Ángel y don Elmo Valenciano asistidos por el profe Sinforoso, había presentaciones de teatro popular, veladas escolares, coros de señoras y cantores, condecoraciones para las madres del año, con el fondo musical de la banda pelleja con sus músicos típicos asados entre sus sacolevas que constituían otro espectáculo.

Se congregaban niños y grandes, alrededor de la celebración que se iniciaba con una misa solemne al frente del monumento a la Madre concurridísima por demás, pues no únicamente asistían viejecitas, a las siete de la mañana, sino los señores rigurosamente enfundados en sus ternos de paño.

Los ventorros de comidas y bebidas, los puestos de artesanos alrededor del parque que se erigían de la noche a la mañana pecaban de abundancia y eran la oportunidad de negocio en el barrio; atendían toda la jornada y después del mediodía llegaban los artistas del rebusque: saltimbanquis, zanqueros, mimos, payasos y equilibristas que ponían el sombrero y lo llenaban.

Se sumaban a las celebraciones los invitados especiales: prohombres, celebridades pueblerinas, ciclistas, jugadores, algún sabio de mostrar que igual hacían parte esencial de aquel encuentro identitario con la ciudad, con su gente o su historieta entorno a la fiesta de "sus madres", el abrazo fraternal de vecinos, amigos y parientes, el disfrute en familia de la fiesta que se prolongaba hasta la noche. Ahora vendrían las serenatas de música

colombiana en una época en que se tocaba y se bailaba sin pena y con gracia, las danzas folclóricas colegiales, y los solistas.

Era muy lindo y sentido el homenaje tributado por la tribu íntegra a nuestras mamás, algunas de las cuales engalanadas con lo más “in” de su baúl presidían los actos en representación de todas, escuchando sentaditas muy atentas y complacidas esas músicas o seguían los poemas de declamadores como el emotivo calvito Ancizar (expresivo actor follequeño).

En fin, luego de esas ceremonias y ofrendas serísimas don Elmo echaba el primer cohete a volar y el cielo de la provincia se llenaba de bengalas formando racimos de estrellas multicolores ante nuestros ojos fascinados de siete años, y un segundo después se escuchaban sus tronares tempestuosos que estremecían los corazones de todos; una lluvia de cohetes ascendía mientras descendían las varetas de las primeras cargas: “...peligrosísimas para los ojos (decía la mía) no las mires caer!” Pero cómo dejar de mirar aquel cielo como un bobo, si eso era como ver desde un punto el infinito.

Uno sentía que esa guerra feliz sería el culmen de la fiesta, pero no; seguía otra atracción: la de la “Vaca loca” una armazón de palos cubierta por una piel real de bovino con su calavera ardiendo por los anchos cachos como teas que arremetía contra la multitud riesgosamente y el runruneo de la masa anunciaba, de modo que todos a una se abrían como el mar rojo para darle paso entre gritos de euforia, exclamaciones de susto, y ayes de quienes a su embestida eran ligeramente alcanzados por sus flamas.

Así era Folleco: alegre, acogedor y masoquista puesto que nadie se quejaba después de sus laceraciones.

Estar ahí era ser parte de un potente colectivo que renueva sus lazos de amistad y renace de ese encuentro con todos.

Dolorosamente había una tradición inaceptable: el clavel rojo en el ojal de la camisa para quienes teníamos el privilegio de tener viva a la madre; un clavel blanco, para quien no la tuviera.

Recuerdo a mi amigo Humbertico que lloraba desde por la mañana hasta la noche durante la celebración con aquel clavel blanco impuesto en su camisa por aquellos maestros que se esmeraban en aquellos menesteres también, programándolo todo con lujo de detalles, fervorosamente, con el deseo de acertar.

Pero, por encima de las distancias próximas de aquellos años de luz y vida colectiva escucho el llanto vertido por Tico mi amigo huérfano de madre, regando de congoja este recuerdo.

1.4 Crónica de Juguete

A Juguete mi perro le puse así en un raptó de temprana inspiración, sus grandes manchas negras sobre fondo blanco le hacían ver como de raza en mi cuadra popular.

¡Era gracioso... para qué!

Durante las horas de sol vivía afuera jugando con nosotros y sus congéneres. Era el can más alegre y juguetón, a juzgar por sus exultantes ladridos y vivaces arrebatos, a pesar de sus riñas a muerte por ser el elegido de su especie; sociable y tierno vivía en coloquios y convivios con sus pares, o aguerrido y celoso se batía en defensa de nuestro hogar y sus predios de la calle.

Juguete está caminando a mi lado en la memoria de la infancia; compañero leal de juegos y de andanzas no permitía nada conmigo o mis hermanos. Eso sí, no era buen rastreador, aunque tuviera buena retentiva.

Una noche perdió nuestra huella y se extravió buscándonos (durante un paseo al campo) Lejos de casa nosotros lo buscamos palmo a palmo por las veredas aledañas.

Después de tres infructuosas jornadas de busca, regresamos confundidos, llorosos, y oh sorpresa: Juguete fue quien, brincando hasta nuestros pechos incontenible de euforia, nos recibió en el umbral de la puerta.

Ese peludo valeroso e incansable nos acompañó en nuestra aventura vital iniciática, bruscamente truncada con su adiós:

Cayó en una redada municipal de exterminio de perros callejeros cuyos amos, léase bien: gentes sanas muy nobles no tenían capacidad de respuesta.

Había nacido colimocho, esto sumado a su parche de pirata le hacía ver único entre aquella jauría de criollos flacos. Era el más vagabundo de los perros y el más perro, en Palobonito, mi barrio de casas pequeñas pero llenas de niños.

No sobrevivió al bocado de carne emponzoñada con vidrio molido.

Mis hermanos, ¡mi mamá... yo! le vimos despedirse de este mundo (¿habrá un cielo canino?) la mirada vidriosa dándonos su íntimo adiós, ondeando su cola mocha como bandera última ante nosotros ocho que, fundidos en un solo abrazo descargamos sobre él una lluvia de húmedas estrellitas transparentes.

Mamá, entonces, juró no volver a tener una mascota.

1.5 Navidad 1963

A Caito el Niño Dios le trajo cicla. Lilith su prima hermana le está enseñando a sostenerse en equilibrio. Lo tiene del galápago y lo empuja suavemente: “mire adelante” le dice, indicándole el camino con el brazo: “vamos Caíto no tenga miedo”, le dice, y lo suelta. ¡Caito da un pedalazo o dos... y al suelo!

Lilith está cansada de levantarlo y volver a ponerlo en posición de marcha. Suda. Gime pasito.

La mañana decembrina se eleva azul sin nubes. Son como las diez. Los demás niños juegan también en aquel encementado que cuando no se utiliza como secadero de café, se convierte automáticamente en el parque de la cuadra, con sus juguetes nuevos. Los que estrenan cicla ya han aprendido a montar hace rato.

Caito no. Él luce como un nazareno, pero insiste en que su prima lo apoye en su afán de montar como los demás.

Ella, al límite de la comprensión lo levanta, lo pone en situación de carrera: “Vamos tú puedes, hazlo Caito”, le grita animándole, lo empuja, y otra vez cae.

Yo los miro desde la ventana de mi casa e interiormente agradezco al Niño Dios que se haya olvidado de traerme la bici que le pedí en mi carta navideña: prefiero para mis adentros, con sinceridad, no ser Caito

1.6 Descartados

Nunca la miré ni ella a mí, fuimos vecinos por largos años y jamás coincidimos, traté a las demás, con ellas fuimos amigos, novios, compañeros de clase, o simplemente conocidos. Con ella, no. Nada de nada, como si no existiésemos en el mismo entorno (o unos extraños fuéramos) Ni ella ni yo nos tuvimos presentes en este pueblito donde nadie va a ninguna parte y era difícil no toparse.

Después de muchos años (¡pero muchos!) nos encontramos frente a frente en un puesto de frutas y nos saludamos sin extrañeza, como unos viejos conocidos, digo, con simpatía... ¿no es curioso? Nos habíamos ignorado mutuamente por décadas, aparentemente sin porqué.

Conjeturo que siempre hubo de verme de soslayo e intuitivamente descartándome como cualquiera de esas opciones para ella; mejor: No fui su tipo.

Ahora, ya viejos ambos, ni duele ni importa; nos sabemos descartados, mutuamente. Mutuamente excluidos hasta siempre.

1.7 Entero y libre

Nunca estuve más entero que cuando entré en la pubertad ni más libre nada parecía quedarme grande, cada día era una promesa de dicha y una aventura vital me sentía parte del giro del planeta y en el colegio nos iba bien, no necesitábamos estudiar mucho para aprenderlo todo y lo mejor nos la pasábamos riendo en grado superlativo, vivíamos desprevenidamente, sin reservas, intacto el corazón y los sentidos, capábamos clase en las tardes por vagar y nadar en el río, comíamos guamas, moritas y naranjas de huertos ajenos* trabajábamos sin pena en cualquier cosa para invitar a la chica a ver jugar al Cali, amábamos una cada uno; no importaba si estica amaba al resto también, no importaba:

éramos dueños del mundo aunque lleváramos los bolsillos rotos. Ellas nos querían gratuitamente y se usaba todavía darle una flor o un beso robado y en la visita nocturna apenas si un chicle o una chocolatina, ir con ella al paseo del colegio a pesar de los celos cuando la sacaban a bailar los rivales y vivir aquellas primeras embriagueces del amor, ir al cine algún domingo marcados al centímetro por el cuñadito, al que había que distraer de alguna manera para poder abrazarle en los intermedios, e ir a la rueda anhelando que se detuviera en más lo alto para moverle la silla y esperar de ella su abrazo estrujado entre el susto y la dicha. Era lindo sentir tan grande el corazón y cerca el cielo.

*en ese entonces no te baleaban por robarte una fruta.

1.8 El enciclopedista de Folleco

A mis profesores les debo todo (o casi) he bebido sorbo a sorbo sus conocimientos y aunque ello me ha hecho muy poco original y necesito de su aprobación a toda hora puesto que cada vez que termino un texto (escribir es lo mío) me pregunto si a este o aquel, según sea la obra, le gustaría.

Mis profesores han sido, lo confieso, mis guías, maestros y alter egos, por lo que intento ponerme en su lugar de jueces ecuanímenes ante mis ejercicios literarios. En fin, no los menciono para no hacértela larga, pero, hoy pensé en el profe' Arango que me legó su pasión por los diccionarios, pese a que sólo se sabía uno de memoria: el pequeño Larousse ilustrado (a propos, me preguntaba al verlo, tan gordo..., ¡cómo sería el gran Larousse!) Cuyas 1.888 páginas fueron visitadas una a una por nuestro insomne primer maestro de español, el cual transportaba desvencijado por el continuo trato, en el fondo de su enorme maletín de cuero negro, haciéndolo ver a él más bajito de lo que era, el cual sacaba y exhibía como una joya de subasta para abrirlo y señalar al azar, digamos: la palabra Axolotl -...a ver, pregúntenme! decía entregándole a Varela, que sabía buscar rápidamente, y se hacía adelante, el pequeño Larousse.

...Profesor Arango, que es Axolotl? Y él, cucaracho de diccionario, ponía los ojos en ninguna parte y al fin respondía moviendo la lengua como saboreando un agua: "También llamado Ajolote es un anfibio caudado ambystoma relacionado con la salamandra tigre ... (y acotaba) para su mayor información, lea más sobre este raro y bello animal que sirve

hasta para remedio". Varela, volteaba a vernos con cara de asombro, y poniéndose el índice en la sien, imitaba un corto, exaltando su chispa. Este rito se repetía casi a diario, sin duda don Luis Eduardo se sabía el Larousse de pepe a apa y que recuerde nadie llegó a corcharlo. De modo que, gracias a su singular pasión enciclopédica, aprendimos a consultar el pequeño Larousse y después, las enciclopedias universales, los diccionarios de las ciencias, el arte y el estilo, y a escribir consultándoles. Detrás de sus gafas de carey, todo ojos, lucía su calva de sabio y su mirada que seguía el efecto de sus palabras en nosotros. Ya, viéndonos encantados sacaba su pañuelo que ubicaba como enfriador en su cuello, y empezaba la clase, propiamente dicha.

Envío

Se le quiere todavía profesor Arango, usted es una presencia sublime que nos acompaña, cada vez que abrimos un diccionario.

Era usted nuestro "Gúguel de hace sin cuenta años.

... Gracias maestro!

1.9 La novia del paseo

No pude dormir en la tienda de camping de sólo pensar que más tarde, cuando todos se durmieran, vendría a mí.

Era un portento de mujer... ¡Yo que no suelo seducir a nadie me sentía alucinar!

Era su elegido entre los del paseo a la tierra fría, me había hablado al oído que mejor en la noche sacaría un ratico y vendría y me comería con cebolla y tomate.

La tarde anterior estuvimos pescando truchas y jugando voleibol, sintiendo la calor de la tarde, en esa tierra templada donde el verde es más intenso, y el deseo también "Ahorita vuelvo... me dijo insinuante, mientras nadábamos por la otra orilla del río, espérame, amor lindo, ya vuelvo".

“No. Nos vemos mejor en tu carpa, cuando se hayan dormido” Me había susurrado deseosa, contenida la respiración, y habiéndose despedido con un guiño regresó al “kiosko” donde antecitos estábamos departiendo alrededor de unas cervezas y el pescado. Esas dos cosas eran ya de por sí una forma de la felicidad, de modo que su promesa venía a ser la cereza...

Nos encarpamos temprano, debido a la garúa, cada familia se guardó con los niños y los solteros con los solteros, según sexos, conforme el orden dispuesto por las organizadoras; a mí me tocó con Mario, que era el fuerte del paseo, el que trajo la leña y estuvo al pendiente del fuego, desentendido de la pesca y el baño, de manera que cayó como piedra en brazos de Morfeo. Así es que: No problem con él.

A ella le tocó una carpa compartida con su hermanita, una nena de trece, por ahí, que al punto debió dormirse, supongo, porque fue de las más activas alrededor de la olla, estaba coloradita de recibir calor. Aunque, la verdad no sabía cómo íbamos hacer Amelia y yo, porque el tórrido deseo no me dejaba pensar ... sí era que iba a venir, ¡claro! hasta que, al fin, después de unas largas horas insomne, asomó como la luna creciente; llegó a la madrugada, el corazón y el ansia, decidieron por nosotros. Eso sí, lo hicimos despacito, que no fuera a despertarse el viejo Mario, y aunque breve el encuentro me hizo dichoso.

Al día siguiente, la busqué con la mirada y aunque me sonreía discretamente, estaba esquiva. De manera que a veces sí y a veces no, aceptaba mis clamores, cuidándose de no ser notada por los otros. Siendo objetivo, no he tenido otra ocasión de dicha gratuita mejor que esa; ella era absolutamente erótica y de una hermosura arrobadora. Todo en ella me arrebatava. Antes de venirnos de Tierra del hielo, cuando ella partió junto a su hermana, antecitos, en secreto, me dio un papel con su dirección en la capital.

Amelia no estaba cuando fui a verla, pero estaba quien dijo ser su “roommate”. Este me preguntó con naturalidad si yo era de los del paseo “Esto me suena a paseo”- dije para mis adentros.

-Espérala, si quieres. Su voz tenía un acento europeo, belga tal vez.

-...Querías un trago? Dudé, pero no tenía opción.

-Vamos, relájate, también a los otros les causé extrañeza.

Hablamos de tapas para volcanes y otras distopías. Y sí, pronto llegó Amelia que, de entrada, me estampó un beso en la boca delante del hombre. Volteó a verlo y le dijo: "Cheri, él es W." y dirigiéndose a mí, dijo: "Y él es Nathan". Desde luego, para qué decir una palabra más. Como pude "sortié" la situación un poco más, y sin preguntarle nada, despidiéndome aparatadamente, me volví para Folleco.

1.10 El nombre no hace al hombre

El profesor se llama Erlenmeyer no es alemán ni gringo ni su papá fue químico. Ha debido cargar con ese rótulo cristalino desde chico con todo lo que implica tener que responder a ese nombre raro, acompañado además de un apellido que es mejor reservarse. Un amigo suyo dice que él debe agradecer haber nacido varón, porque de lo contrario, el estrambótico de su papá lo hubiera nombrado Pipeta (posiblemente) De chicuelo en la escuela, los maestros reparando en que era el "destrabe" de los niños crueles (¡es decir ... todos, con excepción de los raros!) Le llamaban Meyer, pero, él, niño al fin, les corregía, para la carcajada de todos.

Se acostumbró a la joda de sus compañeros, vecinos, amigos y allegados, durante las sucesivas edades que toca atravesar en los primeros veinte, y gracias a ello, aprendió a reír de sí mismo y de la audacia de sus padres al ponerle así, y cuando tuvo la ocasión de cambiárselo ante un registrador, rehusó esa opción por no agraviarlos: "El nombre no hace al hombre." -dijo, acuñando esa frase célebre digna de un Aristóteles follequirita. Pudo haber sido un filósofo realista, pero se encaminó por la química y pronto fue profesor titular del colegio público de Folleco, adonde todos los profes gozan de su respectivo apodo, y él no es la excepción: Los estudiantes creen que el suyo es Erlenmeyer ...y por supuesto, ¡él deja que lo crean!

1.11 El beso mágico

La primera vez que una mujer me besó me pareció haber visitado otro planeta, o algo así. Tenía que... no sé, quizá siendo muchos cinco años. Habíamos coincidido en el escenario central con ella, en las fiestas de Mirriñao. Ella bailaba un bambuco, sola, adelante del dúo Los Tolimenses.

Mi padre que era el organizador de la caseta donde estaban presentándose, me subió de espontáneo a esa tarima, y ella con naturalidad, enfundada en su traje típico del folclor andino, florecida su cabeza, preciosa, me tomó de las manos... yo estaba vestido de blanco, lucía sombrero de paja, pañuelo rabo 'e gallo y alpargatas, instándome a bailar. Le seguí el ritmo a mi modo, entre el aplauso general. De manera que, al terminar la pieza, antes de bajar del escenario, se acuclilló, me haló los cachetes y me estampó un beso.

Y como con un hierro rojo sus labios quedaron marcados en mi boca.

Sentí un millón de hormigas arder en mis orejas.

Y una sensación mágica me poseyó haciéndome caminar como en el aire hasta descender de aquella tarima, guiado solamente por el instinto. Era como si de repente me hubieran crecido alas...

¡Qué fantástica fue!

... ¡Otro beso, querría otro beso así gratuito y estelar!

1.12 El milagro es vivir

Mi papá, al oírme quejar alguna vez, de la existencia e imprecisar a los dioses, apuntó: "Hijo, la vida es dura; nada es gratis, pero es milagroso estar vivos."

Por supuesto rara vez se le oyó maldecir o injuriar; dominaba el arte de no ofender a nadie e instintivamente rechazaba cualquier palabra soez o chabacana, no disfrutaba lo procaz ni en el humor, por su boca no pasó nada obsceno, nunca la grosería vino de sus labios, era contrario a lo rastrero, a lo indecente, tenía cuidado de no discriminar a la gente por su edad, por su sexo o por su raza, y aunque era raro verlo salirse de la ropa, se sofrenaba prefiriendo el dislate o el atajo verbal para expresar su furor o su protesta: "Este Hijuemil", decía, o "ese malparecido" en vez de las grandes, o ... "vergajos"; en su vocabulario no existió la palabra fea, la palabra gorda, la palabra vaga, la palabra vieja, para él todas las mujeres eran bellas; a los negros los llamó medio morenos, y a los ancianos tíos, y las chicas elásticas simplemente "muchachas", así tuvieran años. A los adictos al alcohol

bohemios, y a los marihuaneros les llamaba gente rara, y a los raros, no les llamaba de ninguna manera.

De manera que en Folleco todos cuantos trató lo querían tanto, que él no entendía por qué. Mi padre murió de amor filial: "Hijo, a uno lo que lo enferma de muerte es ver morir uno a uno a los de su generación, a sus primos y hermanos." Ese año 1993 de su partida, no se quiso hacer operar; había muerto media docena de sus coetáneos. Ellos eran un poco como él, gente decente, humilde, amante de los otros y la vida. Si renaciera hoy, creo, regresaría a la tumba chasqueado.

1.13 Angustia

La angustia, ese sentir que no te alcanza el aire a pesar del viento, aquel temor que no te deja, ese ansia en el pecho parecido a la náusea me ha acompañado desde mucho tiempo atrás; desde que siendo aún niño pequeño, el loco Rómulo, llegó, cuchillo en mano, preguntando por Homero, y mi mamá que era sabia, indicándome con un gesto imperioso que no fuera a decir nada, le respondió serena que volviera más tarde que él acababa de salir para el pueblo: "Por dónde" preguntó Rómulo: "Por allá", le contestó, señalándole a un lugar indefinido de enfrente y el loco, corrió a meterse por entre el maizal, en su busca.

Desde luego, yo sabía que mi padre estaba adentro y ella no tendría que haberme advertido con los ojos que no hablara, porque tan pronto que lo vi esgrimiendo su cuchillo sentí angustia, esa amenaza velada que desde entonces me acecha, y ha modelado mi carácter.

Cuando se instala en tu pecho ese sentir, no vale psicoanálisis, ni reeducación alguna que la desaparezca: Ya no se irá nunca. Ello nos hace vivir la existencia dramáticamente, es una herida "imaginaria" que no cierra.

No soportaba la idea de ver derramando sangre a mi padre, no toleraba la idea de verlo caído, era angustioso.

Después de tantos años, quizás morigerada por el hecho de haber ocurrido su deceso efectivamente, por fortuna, de manera natural, mi angustia sigue.

Si eso ha sido así para mí, que sólo barrunté aquel día, su posible caída a manos de Rómulo (aquel demente asesino, en potencia) me figuro y vivo el sufrimiento moral de aquellos que de niños sí, efectivamente, vieron acuchillar a sus padres a manos de hombres “normales” ... ¿qué habrá sido de ellos? me pregunto, y se me oprime el alma de sólo imaginarlos.

1.14 Una tía única

La tía Aura hablaba con los pajaritos... les silbaba imitándoles, inclusive, cuando se hallaban tristes, por darles ánimos. Por ella los soltaría y que se fueran, pero temía que ya no pudieran sobrevivir por sí mismos, fuera de la jaula. Únicamente, el guacamayo volaba libre por su casa y hablaría para su dicha, sin que ella le pusiera tema. Les hablaba a sus matas y las matas le respondían verdeciendo, creciendo, floreciendo:

"Mijo, yo las riego una a una, a cocadas, y les llamo por sus nombres, véame ... ¿Cómo amaneció esa Biflora hermosa hoy? Y qué precioso estás mi Crisantemo, seamos amigos y ábrete mañana, sí, y tú, querido Anturio cómo estás de vivo y rojo, pareces un carnaval, y así a mis Begonias y mis Dalias, y mi Dólar; tengo este Platanillo que parece un pájaro listo para el vuelo y esta Millonaria, a la que le he pedido números para la lotería y me los ha dado patenticos leyendo en sus hojas".

Vivía de pelea con ese minino ingrato que venía solo a tomarse la sopa, se comía la presa y otra vez para el techo.

Sostenía largos diálogos con Sombra que le escuchaba atenta y la cuidaba en sus soledades.

La tía Aura era una etóloga natural zoopolíglota (¡...sé que jamás pronunciaría esa palabra tan endomingada!) a quien las únicas cosas que echaba en falta eran las visitas de sus amigas jóvenes, y a sus sobrinos, a los que podía contar sus aventuras cotidianas con sus mascotas, y las plantas de su patio, puesto que a sus hijos cuando venían los sábados había de hablarles sólo de cosas prácticas: de la casa y la sobrevivencia.

Un malhadado día para sus compas de vida murió la tía, dejándoles (¡...dejándonos!).

Sombra la extrañó y se extravió buscándola.

Malbrú el gato ingrato dejó de comer y murió a los pocos días, aunque igual la familia le dejaba concentrado y leche.

Sus plantas se agostaron y sólo algunas sobrevivieron a su ausencia.

A sus pajaritos les abrieron las puertas de sus jaulas y algunos escaparon, pero otros, los menos, se quedaron a frecuentar el patio, dónde les riegan alpiste.

Únicamente, la guacamaya azul y roja y amarilla, sonora y grande ha quedado en su estaca, preguntando:

...y Aura?

... Ay, ¿dónde está Aura? Mientras pica sus semillas. Sin que nadie se lo haya enseñado.

1.15 La hora de la purga

Había dos personajes legendarios a los que bastaba nombrarlos para asustar a los niños de Folleco, uno de ellos era don Gliceldino, un mediquillo nonagenario excelente, que recetaba fórmulas magistrales con Droga Blanca y además preparaba 'vomitivos' antiparasitarios. De hecho, se hizo leyenda al inventar el Trueno, un purgante a base de quinopodio extraído del paico que mataba hasta la P.Q.E.K. Sabía tan 'maluquito' que ninguno se tomaba la dosis de una onza íntegra (lo cual fue afortunado, porque era un peligro no únicamente para nuestra fauna sino para nuestra flora).

Pero, ¡...faltaba más! vendía purgantes moderados también, como el vermífugo Nacional; una pócima antihelmíntica, en aceite de ricino, cuyo sólo olor haría trasbocar hasta a las propias lombrices.

Mi mamá nos adobaba la purga pintándonos pajaritos..., diciéndonos con tiempo que el sábado por la mañana vendría el famoso don Gliceldino, a traernos la salvación en un frasquito porque nosotros debíamos estar cundidos de lombrices por andar callejeando y

tragando polvo y por las aguas bebidas en el río (la costumbre familiar era ir los domingos a paseo a un río) El papel de mi papá, era también teatral, faltando un par de días, llegaba con un bonito tambor de Saltinas (sellado) que prohibían abriéramos; un líchigo lleno de naranjas chiquitas, dulcísimas, y varios ataos de panela, que metía a la despensa.

El viernes desempacaban las esmaltadas bacinillas (tipo pocillo de entonces) que estrenaríamos mañana. Y muy al alba, se levantaban ellos a disponer estratégicamente, en el patio las de las niñas y las de nosotros por el corredor. Como si se tratara de iniciar una carrera nos llamaban e instalaban uno a uno, en nuestras respectivas bacinetas, dándonos un paquete de galletitas, y una taza de aguapanela, que tomábamos "para llamar las lombrices". En tanto yo, que era fantasioso me preguntaba por don Gliceldino, y como por arte de birlibirloque aparecían los frasquitos de una onza con su vomitivo que ninguno de mis hermanos tomaba sin repulsa, y James, el mayor, rechazaba tomar apretando sus finos dientes hasta cuando mi papá se quitaba la correa y se la enseñaba; colgándose esa manda a callar, al cuello, en advertencia a las posibles sublevaciones de los siguientes de nosotros.

Ahí permanecíamos horas... mejor dicho hasta cuando el círculo del bacín nos había quedado tallado en la nalga, y habíamos expulsado la última lombriz.

Eso era cada año cuando niños nosotros. Era curioso que fuera como un ritual, digo, que se repitiera con repulsas y todo, tal cual.

A cada nueva purga yo albergué la esperanza de conocer a don Gliceldino, hasta grande. Después supe que precisamente por entonces nuestro mítico farmacéutico, en realidad andaba lejos de toda perturbación infantil, en el éter de los farmaceutas de Folleco, y que nos lo nombraban para aprestigiar el efecto del antihelmíntico, porque él se fue, pero dejó a sus descendientes esa fórmula maluca, aunque magistral.

1.16 La fiesta en su estancia

Este don Lucho es otro de mis héroes. El sábado 30 de septiembre cumplirá 83 años y sus hijas le van a celebrar los 70, los 80 y este nuevo cumpleaños con bombos y platillos. Ya le advirtieron: "aliste sus palabras papaíto, y la panza y el pico, y la carreta porque habrá

franchela como en la casa de doña Ratona trago, música, y comilona y los pies para bailar que le tenemos tenis nuevos y aparte otros regalos. Y por supuesto invite a tres amigos a que se queden que, aunque no quepan caben”

Don Lucho vive en una estancia de lo que dan sus limoneros, el zapote, los diez palos de aguacate y el gigante árbol de mamoncillos que preside su patio y carga todo el año. Se llama “La Manuela” como llamaba su esposa.

Vive en su rancho con un par de nietos porque sus hijas andan lejos ¡...en Chile donde está bueno! (aquí suspira cuando cuenta) y esta semana vinieron expresamente a verlo y se regresan: “Me ha dicho la menor que diga unas palabras”, me dice, sacando una hoja manuscrita en exquisita letra Palmer... “Mire usted a ver poeta”:

“Buenas noches, Luz Mary, Manuelita buenas noches, nietecitos, vecinos, amigos buenas noches. Hoy cumpla 83 años y estoy contento conmigo mismo, tengo este rancho, este perrito (un Pinscher bullanguero) mis dos hijas hermosas, mis dos nietos que no me desamparan y esta carreta que nos da el sustento diario, no me faltaría sino Manu’, ustedes saben...

Bueno, me han dicho que diga unas palabras y ya van muchas, disculpas.

¡Sólo quiero decir que he tenido la dicha de vivir estos años tranquilo, trabajando en mi chagra que no produce al por mayor pero lo que cogemos alcanza para el cupo de mi carreta de tracción humana... me place hacer de burro! Comemos bien, yo y mis nietos, se duerme bien acá en el campo (tres cuartos de plaza en las goteras de Folleco) oigo los pájaros por la mañana mientras ordeño mi vaca, asamos arepas y les preparo chocolate. Ellos se van pa’l colegio y yo cojo camino al pueblo a vender estos frutos de mi huerta, para volver entrada la tarde.

Es amable la vida conmigo, mis hijas no me olvidan, mis nietos ya me ayudan y no me enfermo fácil. Por eso y porque vivo ocupado creo que voy a vivir otro rato, y si Dios quiere tendré una buena muerte. Gracias.

...Magnífico! -exclamo y aplaudo cuando termina de leerlas.

Don Lucho me mira radiante, lo dobla y se lo mete al bolsillo de la camisa.

“¿Poeta, quiero que nos acompañe... puede ir?” y me digo: “Honor que no merezco”.
¡Claro que iré don Luis!, exclamo.

1.17 Hotel Criollo

A Pancho Pistolas nadie le tenía miedo en la cuadra a pesar de sus tiros al aire y sus sombreros Stetson de vaquero gringo, y sus amenazas en voz alta a los posibles mozos de su mujer, a la que en realidad era imposible acceder de ser el caso, puesto que la mantenía encerrada bajo siete llaves, a no ser que ella se volara por la tapia de atrás... pero cómo, si, quizás previendo aquello, no mantenía escalera en su casa.

Su obsesión de marido celoso hizo que tan pronto como tuvo oportunidad Marielita se le fuera a vivir al restaurante donde la había conocido.

Pancho volvió arrepentido a buscarla y ante su negativa rotunda de volver con él pidió la mano a su tía (era huérfana de padres) y ésta, reparando en que Pancho era un buen hombre “sólo que un poquito celoso” la convenció para que se casara y volviera a su mansión. Ella accedió con una condición: que su hermano (un niño de ocho años, entonces) viviera con ellos. El viejo chalado como estaba de ella aceptó e inclusive prometió no pegarle más.

Mamá le hizo el vestido de bodas de larga cola a esa novia primorosa de dieciséis abríles Santiago el sastre de “Oklahoma” que tejía sobre medidas le hizo su terno con chaleco, de modo que con ese sombrero característico suyo, a Pancho no le faltó sino la estrella para posar de sheriff del cine western que veía en el Teatro Mármol, y el caballo, aunque su engallada Phillips, marco 24, digna de exposición pudiera servirle de reemplazo. Fue una boda inolvidable en la que “Mico” su hermano, hizo de pajecillo. Palobonito entero se botó a verlos pasar y arrojarles arroces, venían en un convertible de alquiler; un Cadillac dorado como aquel en el que mataron a Kennedy, al que amarraron tarros que a rastras iban celebrando con gran ruido la llegada de los tres a casa.

Todo iba bien hasta que al viejo le dio por lo mismo. Marielita no se volvió a ver ni en la tienda y como pensara que el propio hermanito le llevaba razones, comenzó a cascarlos por parejo, sólo que el peladito se escapaba por la tapia aprovechando sus habilidades innatas de mono, como lo sugería su apodo y regresaba cuando Pancho forzosamente debía salir a la calle a sus negocios de prestamista. Mico se desquitaba de aquel oprobio ofreciendo a la hermana a los más grandes de la cuadra: “Mi hermana no tiene mozo, todavía, si querés le llevo saludes de parte tuya”, le dijo alguna vez a mi hermano mayor, que rehusó meterse en ese quilombo.

No sé si la pelada aceptó alguna vez las saludes que él recogía para ella porque al decir de mi madre que le siguió diseñando su ropa: “esa muchacha se pasaba de noble”.

A Mico le sobraba garrote de parte de Pancho y Marielita sufría lo indecible por sus continuos vejámenes; aunque no soltaba prenda cuando iba a que le hicieran sus batas en casa, por su indiferencia en la elección de sus trajes (apenas sí miraba los figurines y dejaba que mi madre eligiera por ella) colegíamos que no era nada feliz, pese a que el viejo la tenía sobre todo.

Pasó una década y Mico hábil como ninguno, se hizo el recio “stopper” del Real Atlético La Chichería, y ya pintaba para la selección Folleco, pero un malhadado día al llegar de un ‘picado’ en la cancha de Tanger, vino y no encontró a nadie en casa; algo muy raro, entonces corrió al restaurante de la tía donde halló seriamente golpeada a su hermana. Como conocía la psique de Pancho, sabía que iría a buscarla allá. Sin que su tía se enterara, pálido de cólera, sacó de la cocina un cuchillo matagana’o y le hizo la posta cosaca, afuerita del sitio. Hasta verlo arrimar. Entonces, sin pensarlo dos veces, Mico, antes que Pancho pudiera esgrimir arma alguna, lo bajó de la bici’ de una certera puñalada que le partió el corazón.

1.18 La casa es un restaurante de cuantía

He venido a esta casa por estar otra vez aquí donde la tía, hago de cuenta que la sazón es la suya y que no han transcurrido los tiempos, pido fríjoles con chicharrón desafiando el “colesteror”, la idea es traerla a mi recuerdo; aquí comíamos ese plato exquisito que mezclado con arroz salvó a los paisas de la desnutrición cuando eran pobres (de allá

llegaron sus ancestros) A mí me gustan al almuerzo, a la comida y en el calentao del desayuno. Y ella lo sabe. La tía solía adobarlos con berenjenas, con sidra, con zapallo ¡... esos frutos gratuitos del patio! Los servía con huevos fritos también y con tajadas de maduro. De sobremesa no faltaba la mazamorra en leche con trocitos de panela y uno quedaba jincho, tanto que no podía pararse. Aquí, en el “Restaurante de la Tía” la sazón es casera pero su precio... uff, ¡de cuántía!

1.19 Árbol de familia

“¡Si lo único que uno quiere en la vida es conseguir plata, plata consigue... el problema es de qué manera me la consigo! ... o qué tanto estoy dispuesto a hacer para conseguir!”

Decía el tío Simeón que murió pobre pero digno y durmiendo bien. Puede que su modesto trabajo de carpintero no le alcanzara para vivir como se debe cómodamente con su familia, y que hubiera perdido su ojo izquierdo al clavársele una astilla haciendo un mueble, pero todos en Folleco le querían y respetaban y su esposa no lo dejó por eso; sabían de su talento de artesano ebanista, de su honorabilidad y entrega a la familia.

Se le apreciaba, se le valoraba en su arte y se le tenía en cuenta en todo el pueblo.

Los primos salieron igualitos a él, es sólo que él les dio educación y son profesionales de modo que trabajan cada cual en lo suyo sin ruido ni rabia ni envidia ni afán de tener para ser. Y que se sepa ninguno de sus nietos ha cogido el camino que no es.

Ya son 610 sus descendientes. El árbol de su prole echó fuertes raíces y ya habría tataranietos.

En estos días uno de ellos que es etnólogo promovió una fiesta de sólo su descendencia y parentela a la que buena parte de ellos pudo asistir y allí se supo que entre sus saltoatraces había varios ebanistas (¡...diseñadores icónicos de la madera! les dicen ahora)

Yo sé que el tío Sime' fue el primero en llegar a la cita: le vi sentado en ese asiento rústico, debajo del Chanul del patio en su vieja casa del barrio Salesio (su lugar predilecto)

enfundado en su terno de ahora años, sonriendo como si estuviera vivo desde su estatura de árbol grande, ramificado.

Él consiguió un capital superior a todos: una familia unida que se reúne y bellamente lo recuerda.

1.20 “Con eso no se juega”

Anselmo no creía en nada, pero nos hizo leer El Retorno de los Brujos. Él influía en nosotros y sus padres que eran espiritistas le enseñaron cómo atraer y tener contacto con espíritus. Una tarde después de la clase de química nos quedamos a charlar acerca de una tabla, que él había traído para eso. Esta tenía escrito formando círculo las 28 letras del alfabeto, y un arco con los números naturales; arriba un “Hola” y abajo un “Adiós” tenía a diestra un Sí, y a siniestra un No y un signo (+) bajo el sí y un (-) bajo el no; y centrada, esta inscripción: “No entiendo, mejora tu pregunta”. Enseguida sacó un culo de botella de vino y lo situó en el centro de esta. Los ociosos éramos cuatro, cinco con él. “Lo que vamos a hacer es invocar espíritus para hacernos ricos: Pongan sus índices en el vidrio”, ordenó. Yo no quise. Me pareció una tomada de pelo. “Ah, no crees, pues hazle preguntas y verás”. A desgana pregunté: ... ¿Cómo llama la que amo? (ellos conocían mi novia, pero no a mi amada) y enseguida el vidrio señaló con su punta sus iniciales recorriendo el tablero como con vida propia. Ya me entró interés y seguidamente le pregunté: ...Cuál es el color de mis calzoncillos, y pasó lo mismo: me respondió con exactitud. Ahora Anselmo me invitó a poner el dedo para que hablara por su voz: “Es indispensable, para cerrar el círculo”. Y si antes no lo hice por incrédulo, ahora no lo hacía por miedo, físico miedo; me invitaron los otros a preguntarle al espíritu manifestado si quería venir. “...Pero si ya está aquí!” opuse, temblando. Anselmo disgustado, ordenó entonces: “Pregúntale si se quiere ir”. Lo hice y la punta del vidrio señaló el No. Ahí, sí que, de puro susto, saqué una voz gruesa y potente, que no sé de dónde me salió, ordenándole que se fuera. El culo de botella giró velozmente como una bola de ruleta recorriendo la tabla y paró en seco ante mí. Yo me quedé estático, muerto del susto, pero se requintó como para atacar y saltó de la tabla, en ese instante, yo zambullí mi cabeza instintivamente debajo de esa mesa alta de cemento, del laboratorio, mientras el vidrio salió arrojado por encima de mí como un aerolito y cayó lejos entre el pasto del jardín aledaño. Corrimos a ver dónde había quedado, pero no logramos hallarlo. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. Anselmo recogió otro y dijo: “Aquí está”.

Pero, no. Yo sé que no era. Si lo hizo fue para que no entráramos en una terronera general ante la extraña desaparición de ese objeto tan tosco que parecía haber cobrado alma hasta más allá de la tabla.

1.21 “Un trago amargo”

"Serrucho" se crio conmigo, era el menor de una familia de artesanos "trabajadorsísimos" incluido él mismo, que impajaritadamente, los lunes, se reunían en la casa de la mamá a jartar trago y compartir con sus ayudantes, después de seis jornadas de intensísimo trabajo semanal... (perdón por lo hiperbólico, pero, a todos sus vecinos nos consta que así era) los Arteaga, eran unos tipos altos, recios, de grandes miras, vivían en la misma cuadra y se colaboraban entre sí, su vida era el trabajo y su empresa multifamiliar; se habían unido con vecinas, y junto a sus pequeños eran el clan dominante en el barrio.

Como digo se embriagaban, ponían música bonita; dos de ellos eran músicos y se acompañaban con las cuerdas y eran felices y alegres y fuertes como para resistir sobrios los efectos del alcohol de los lunes.

Serrucho, permanecía soltero, sus dientes todavía eran aserrados, y su bigote ralo que era como una manifestación de liberales en El Dovio, le hacía ver tímidamente rebelde.

Eran unas buenas personas, nada pendencieros, pero tomaban mucho: ¡Yo lo vi tomarse una caneca de aguardiente bogada ... sin caerse! y conservando la cordura, salir a bailar, al Serrucho: bebían del Blanco, como mamando leche.

No sé qué le pasó al más sano de mis coetáneos el día en que aporreó feo a un ayudante, que se metió con una de sus hermanas..., y vea el lío, fue a dar a la cana por lesiones personales.

Ni porque sus hermanos quisieron tranzar a la víctima con una plata grande hubo arreglo, debiendo conformarse con pagarle un buen abogado quien logró le dieran la boleta de libertad al cabo de cuatro años de interponer recursos mil.

Para nada, porque en la cárcel "Serruchito", nuestro vecino querido, aprendió vicios e hizo suya la universidad del delito y salió vuelto pateta.

Se hizo limar los dientes para afilar sus sierras, dejó de sonreír y ser el mismo, vino a buscar la mamá y el núcleo familiar, apenas por un par de meses. Olvidó el arte, y cogió vuelo.

Extrañamos aquel rostro sonriente del muchacho sano, súper trabajador y bondadoso; muy a pesar de las canecas tomadas de un solo lapo ... como si quisiera desde entonces ¡beberse el mundo!

1.22 “Mateíto”

La muerte, poco seria, se llevó a Mateíto. Lo amábamos todos, era nuestra amistad de año y medio, en el grupo de niños del Taller Arco de Colores, de Pilar Galindo, mi novia entonces.

Todos teníamos que ver con él... era un ser tan fino..., era precioso y vivaz cómo ninguno.

Su hermano mayor que lo adoraba, lo llevaba en la motito familiar, hasta allí, para que socializará con los más pequeños, en las horas de "pinturaje".

En tanto, Mateíto era el centro de atención y de los afectos de las niñas que le chocholeaban como a un hermanito, hasta aburrirlo de la melosería, y luego, con los varoncitos, se integraba a jugar como uno más grande.

Le alcancé a tomar fotos; una individual, con una cacatúa en la cabeza, en la que él entre el asombro y la maravilla, alzados los brazos, sonreía entre el susto y el encanto; y en otra tarde, con el grupo, comiendo pastel glotonamente en la celebración del cumpleaños de la "Mona" una chica tan rubia y linda que parecía hermana suya.

A la hora de irse, su hermano, izándole, le ubicaba adelante, paradito, agarrado de la dirección.

Pilar llorando me contó el lunes que el domingo anterior los chicos de la motito se habían accidentado gravemente.

...Cuáles chicos?

¡No puede ser! agregué cayendo en la cuenta.

"...El mayor se salvó!"

...Y Mateíto?

Ella me miró desconsolada y yo supe que el niño había sido la víctima.

Me dolió por absurdo, por fatal e insondable, ese sorpresivo adiós de Mateo, nuestro amigo más tierno. Noo, claro, y la circunstancia difícil de afrontar de su hermano..., pero eso es otra historia.

1.23 El país de Julio y mío

Puede que no sea cierto que yo haya sido tan feliz cuando niño, y que en buena parte mis recuerdos hayan sido modificados por obra de la nostalgia, ese filtro fantástico a través del cual vemos las circunstancias en que nos vimos envueltos, bajo el signo de lo plácido, aunque fueran situaciones que nos dieron miedo o generaron angustias, o bien que no fueran tan bellas las cosas y los seres que nos rodeaban como creemos.

Con todo, creo que el país de la infancia que yo habité fue maravilloso porque vivíamos por primera vez todo cuanto nos fue dado conocer y como también nuestra alma era algo que se iba tejiendo día a día, cada sensación, cada sentimiento, cada emoción, cada dolor o alegría era de un grado de intensidad superlativa y a esa "summa" creo, es lo que llamamos felicidad.

Nadie que yo recuerde nos asediaba para raptarnos ni ninguno tampoco se atrevía a hacernos daño no obstante que vivíamos más o menos expuestos y aunque trabajáramos no se oía como hoy de violadores, o asesinos de niños, y cuando ello ocurría eso se volvía un escándalo no únicamente en Folleco sino en toda la Nación y la gente reaccionaba en

masa por la defensa de sus hijos hasta cazar a los criminales. Además, los menores no estaban desfigurados por el consumo ni sexualizados por la publicidad, no obstante que apenas diez años atrás estaba en pleno vigor la cruda Violencia. Nos tocó pues vivir la tregua de principios de los sesentas.

Las familias eran numerosas y los niños nos buscábamos entre sí y nos gozábamos y nos reñíamos de acuerdo con nuestras cotejas la infancia era una escuela en la que se aprendía el valor y la dignidad, el respeto a los mayores y la cordialidad entre pares, los amores primeros, y la amistad, el compañerismo y la solidaridad entre iguales, a hacer las paces y sentir consideración por quienes por razones físicas o mentales no podían ir al ritmo del resto.

Yo recuerdo en particular a mi amigo Julio César; su deseo de jugar y ser uno más entre nosotros había nacido baldado y precisaba la ayuda de otro para caminar, y para mayor sufrimiento no podía expresarse muy bien, pero era increíble la solidaridad natural con él de parte de todos nosotros. Aquello era admirable; muy a pesar de sus limitaciones se le incluía en los partidos de fulbito, aunque no podía seguir las reglas, se le ayudaba a montar en su cicla, aunque cuantas veces se montara y anduviera solito tres pedalazos ya iba a dar de bruces al suelo. Era conmovedor ver a su primita pendiente de él para darle el refresco o casi cargarlo hasta la casa.

Medio siglo después me lo he encontrado caminando, apoyándose en el hombro de su señora madre, en el centro, y fue bello sentir que me reconoció y casi dijo mi nombre. Creo que también él, a su medida, fue dichoso en ese país primigenio en el que nos descubrimos y compartimos intensamente tantos momentos.

1.24 Edward, el adelantado

Nuestro bachillerato de hace 50 años era una coladera quienes pasaban era porque habían demostrado tener buena memoria, mucha paciencia y poco espíritu de contradicción; lo que dijera el profesor eso era y eran dogma de fe las verdades de las ciencias. De manera que cuando a Edo lo promovieron de primero a tercero y luego a quinto, fue una sensación.

Era un chico polligallo, audaz, veloz, que hablaba solo cuando no hablaba con nosotros, a quien al llegar al salón sentimos demasiado cansón, aunque esa impresión nos duró poco, porque su brillo opacó a todos y en química y en física rápidamente fue el mejor para tristeza de Castro que vio en peligro su beca para el próximo año; no había fórmula, proposición o axioma matemático que no pudiera expresar, reformular o abreviar mejor que el profesor, tanto que, este, al mes, deslumbrado, le pasaba la tiza después de cada lección para que hiciera lo suyo, que hacía entre gestos muy propios, brillando como un cometa de pasada. Luego, solía decir: "...Ven lo fácil?... ¡Es que la física es muy bella!" Y como el ilusionista que se desaparece ante la vista y reaparece entre el público, se bajaba corriendo de la tarima (los salones tenían tarima para el profesor) e iba a refugiarse en sí mismo en el último puesto a hacer dibujos, en lugar de copiar lo que decía Omar.

Para alivio de Castro, para el propio Edo, y el mío, antes del año lo adelantaron a sexto grado. Contraria a la fascinación que causaba en el resto de los compas, yo sentía pavor de él me desconcertaban sus revelaciones, sus contraejemplos, sus desciframientos, ese ir más rápido que la luz en sus chispazos lo vivía como a un ser de otro planeta. Mi admiración por él excedía en mucho la empatía: ... ¡Me aterraba! No podía ser que hubiera alguien tan extraordinariamente inteligente en este mundo...

Allá en sexto hizo fiestas en las clases de trigo' y de cálculo también.

Por supuesto que era muy de Folleco y como cualquier mortal amaba a una muchacha; no cualquiera, amaba a Lucía, la más bonita del salón, a quien no deslumbraban chispazos ni sus cartas de amor (que no se dignaba abrir) Él se peinaba de todas las maneras, le hacía cocos y las cosas más raras por llamar su atención, pero nada: un día le metió un ratón peludo aunque mecánico (de su invención) en su mochila, sin que está se enterara quien al meter la mano y sentirlo vivo dio un grito que se oyó en Estambul. Y desde luego, a ella que era seria como un arma de fuego, no le impresionó el genial truco, al contrario, le importó un pito quitarle lo único que tenía de ella: su preciosa amistad de compañera.

2. Crónicas Follequinescas

2.1 El asedio del lobo feroz en Folleco

La Bestia rondaba la Casa de Menores: No era difícil convencer con bananas a unos niños en orfandad rescatados de la calle, ávidos de mecate. Allá les proveían de ropa, alimentación y techo. El proyecto era lindo, se trataba de brindarles un hogar con reglas de buena convivencia, pero de puertas abiertas, de manera que los niños se fueran adaptando gradualmente a su resocialización y vida en un ambiente propicio a su desarrollo psicosomático. Se inauguraba así una nueva era en la concepción de las casas de protección de menores en abandono (hasta entonces tratados como pequeños delincuentes, bajo llaves) Ahora se trataba de implementar un modelo preventivo presidido por la idea de protegerlos y rescatarlos de las calles, así fuera de debajo de los puentes del pueblo, con el propósito de ofrecerles la oportunidad de su reinserción no traumática en la vida social con el apoyo de instituciones y personas que quisieran unirse al proyecto como trabajadores sociales, psicólogos, educadores, artesanos, es decir, gente que les ayudara a salir adelante, y nos sumamos, claro... y quién no sería el que invitado a participar en ese proceso no lo hiciera. Mi propuesta fue simple: instruirlos en literatura. Creo en las virtualidades del arte literario como medio para la representación y simbolización de los conflictos de los individuos. Concebimos un plan de padrinos, así es que mis amigos profesionales se sumaron aportando sendos libros de literatura para estos niños, lápices de colores, lapiceros, y borradores, de manera que pronto dispusieron en conjunto de quince libros de cuentos y poemas de autores colombianos y extranjeros de la torre roja (para niños de 7 a 9 años) de Norma y de la azul (para mayorcitos de diez a doce años). Les leíamos en voz alta en el aula porque la mayoría llegaban analfabetas. Desde luego era difícil captar su atención y lograr hacer de la lectura una experiencia significativa para ellos puesto que cargaban con tanto mundo que no podían con él; de manera que la fantasía expuesta en los libros les resultaría muy inferior a los horrores sufridos y las aventuras corridas a sus breves años; lo cual explicaba también el que no

habiendo dejado de ser unos niños ingenuos todavía y muy pesar de todo, tuvieran la idea recurrente de volver a la calle no obstante tener que afrontar otra vez sus privaciones y violencias cotidianas. No era una prisión la Casa, pero necesitaban irse a ratos, escapar a sus guetos, para volver una o dos semanas después a la casa como Michín, el gato del maestro Pombo. En una de esas idas atrapó a dos de ellos, como a ovejas, este lobo feroz. La Bestia innominable en realidad, una vez atrapado y preso declararía, con el rabo entre las piernas, haberlos asesinado, y enterrado en un cañaduzal próximo a la ciudad: “Si. Yo los maté y pido perdón” dijo en el juicio, en el que confesó haberlos atrapado, estuprado y asesinado de la misma forma que a otro pelaíto de esta ciudad y a un centenar y medio de menores más de menores de Babia.

2.2 Los administradores de Folleco

Quedan ricos... ¡Después de administrar Folleco quedan súper inmensamente ricos y libres! Con acciones por allí, comisiones por acá, posesiones aquí, allá y acullá, participaciones así y asa, en cuanto cosa, caletas ajenas, loterías ganadas, por su bendita suerte, tesoros encantados, encontrados en islas paradisíacas mientras andaban de evasiones (¡qué digo... vacaciones!).

Aparte, claro está, de la sencilla, digo, de las tales criptomonedas, de los modestos dineros en efectivo y de los humildes depósitos bancarios declarados (y los no declarados, por razones de seguridad, claro)

Conseguidos de la manera más honrada, pulcra y transparente y, para que miren los incrédulos, ahí están sus declaraciones de rentas visibles para todos los que quieran ver, sin gafas de aumento; tan poco declaran tener los pobrecitos que salen exonerados de pagar impuestos.

¡Brillante! (aplaudan por fis)

Ellos lograron con solo su talento administrativo, separar su destino y el de sus familias, por siglos, del resto de los mortales que habitamos Folleco...

¡Talentosos!

¡Dignos de admiración... a qué negarlo!

2.3 Valor, traición y cobardía

A Maín lo mató un amigo, por detrás.

Lo sabía valiente como el que más y le apuñaló por la espalda, con una lezna, en el pulmón izquierdo (tiró a llevárselo, quizá consciente de que no podía errar).

Y, por supuesto, se voló... sabía qué agua lo mojaba; hasta el propio rival más caracterizado de él, le mandó decir al Rojiazul, desde su silla de ruedas, que estaba muerto también, porque había quedado Caifás con la gallada entera. Y el pajarraco se volvió humo, ahí mismito al saber esa orden, reapareciendo cuarenta años después por Folleco, cuando lo datearon y supo que el Enano, Avioneto y hasta el propio Celorio, habían muerto, y los que no, andaban tras las rejas o se habían expatriado como el Canario.

La saga de aquel combo llegaba, pues, a su fin.

El Rojiazul, cuyo apodo se debía a ser ojicambiado, parecía una momia en el tiempo: la misma gorrita desleída de ruso en su cabeza de chorlito peli india, pero ocioso, el gesto esquivo, parado en el umbral de una tiendita discreta, del otro lado de Folleco, tomando "pintadito", observándonos a los presentes, inquieto, dando bandera para todos lados.

Volver a verlo me hizo preguntarme si habría pagado canasto y me retrajo al momento de la pelea a machete en Palobonito entre Maín y Celorio, que eran dos fieras y se dieron filo todo lo que pudieron sin llegarse a la cabeza. Gracias a su esgrima cuasi perfecta, sólo se cortaron en los brazos. Riñeron asidos a un poncho de cuadritos -recuerdo- ... ¡qué varones! Hasta cuando el Canario se metió entre ellos y los desarmó diciéndoles: "¡Suficiente muchachos, que esto ya no es un juego!".

El "juego" duró unos siete minutos, a lo sumo, pero, para quienes asistimos a la riña, ésta fue larga, intensa y vibrante, algún pana aún creía escuchar los sonidos agudos y chirriantes de los lances.

Una vez terminada esa lucha de titanes, aceptaron ser jefes, ambos al tiempo, y la barra aceptó el trato.

Después de aquella machetiza histórica a Maín lo escogieron pa'l Ejército, y, en ese interín, Celorio (el otro líder) sufrió un accidente, pero siguió como jefe indiscutido de los "Normandos".

Maín, después de pagar la mili volvió con otras miras, aunque siguió frecuentando el combo por disfrutar de compañía.

Nadie sabe por qué, si eran amigos, el "ojicambio" ese traicionó a Maín Cossio.

Puede ser también que lo llevara con la doble desde antes y en realidad lo envidiara por su hombría... eso pasa: que representara su negación en el mundo y no lo soportara por derecho y valiente.

2.4 El zoco del trópico

Van al parque de las palomas a darles sus maíces, desde más o menos las nueve de la morning, y a sentarse a ver pasar las horas hasta el mediodía, cuando al toque de campanas y su reflejo condicionado los impulsen a buscar su propio bitute. Pero siempre con la idea de volver a ver pasar las horas de la tarde entre la nube animada de vendedores de usados y otras chucherías, jugadores de naipes, parqués o ajedrez, emboladores, mediolocos y locas vestidos, o a mediovestir en estos fríos; viciosos mendicantes que bendicen, chicos y chicas del ambiente y jubiladas del oficio más viejo, que todavía lo intentan, pícaros, toderos, rábulas, comisionistas, desocupados de todas las latas y los lotes que vienen a por el tinto de las "monas", que ahora compiten con venezolanas y la infaltable familia "quiñonez" (aleve, criminal, pérfida, inmisericorde).

Hay entre ellos exmaestros, expolicías, exfuncionarios, exempleados del comercio o la banca, exfutbolistas y hasta un exgeneral de tres soles y pata de palo, que todavía dirige batallas imaginarias y hasta una estriptisera en uso de buen retiro que lee las cartas de la suerte y les inventa futuros a estos jubilados, con sus mentirijillas llenas de piedad y de

encanto, para que ellos vivan la ilusión de otro día, a sus años, aunque haya algunos todavía que llegan a pactar amores mustios como por no olvidar que aún existen.

Y es hermoso y patético oír que hacen reminiscencia de sus años útiles, y, fingidamente riñen por sus credos, por sus equipos, por sus ídolos desuetos, por lo que fueron o creen haber sido, porque en estos rescoldos de polémicas, cada uno se sigue a sí mismo y, si hablan duro es porque ya andan medio sordos, y cada uno le habla al mono de la pila, sus palabras pendientes.

El encuentro cotidiano de los jubilados de Folleco es un circo variopinto que se anuncia medio año y el otro medio se despide.

2.5 Fellini recargado

Ni es hombre ni es mujer, no cabe en esos cubos de hielo, le quedarían por fuera orejas, ojos, bigotes, las largas uñas de manos y pies... y, ...aún la cola, ¡qué sabemos!

Quiere ser gato o gata. (Este punto se ignora) Fellini (8) por sus ocho félidos, y por nombrarlo, pues... -le decimos-

Anda el día con su cuerda de gatos (que pueden sumar doce, con los que deja en casa) Yo digo que Fellini (o Fellina) es un ser increíble, de aquellos que son capaces de realizar su sueño vivo contra todo pronóstico u obstáculo, sentido o sinsentido, genuinamente.

Adora sus gatos y, en correspondencia, gatas y gatos le hacen dulce compañía: no lo siguen, los lleva entre sus brazos, o acomodados en la pechera y los hombros de su chaqueta (los más visibles), enredados al pelo (los pequeños), o arrollados al cuello, y también a tan-tán (o al tun-tún, como se quiera) colgados como monos, y alguno incómodo que no se deja dejar y viaja asido a la pretina de su falda, como ñapa.

Es admirable que resista sus uñas (*Berberis Rigidifolias*) y sus ronroneos y ñarridos, todo el tiempo.

No. Aunque Fellini (o Feline se diría ahora) es una fantasía, existe. Va y viene por los andenes de Folleco, por los puntos y los puentes, por los parques y los recovecos que

visita, en busca de regalos para sus felinos (les robó el corazón a los ambientalistas), las mañanas, las tardes y las noches de Folleco.

Y es que su presencia ya es omnipresente, aunque muchos lo ignoren. Así, su mirar felino se goza en sorprender a este ojo furtivo que intenta mirarlo pasar sin verlo... Se sabe exótico.

Como en los sueños vive su pasión ailuromaníaca; sucede para ello, simplemente: lo percibo como una obra de arte viva.

2.6 Balance amargo y dulce

Este año que pasó me dejó un gran dolor y un amor nuevo: perdí al hijo mayor, pero, la vida me permitió conocer esta mujer (está ahí junto a él), que me da consuelo y compañía.

Con mi mujer nos separamos de común acuerdo hace tiempo; ella me culpó de no sé qué tantas vainas que, supuestamente, llevaron a nuestro hijo menor Israel, a cometer locuras y ser asesinado, allá en el barrio.

Está bien, no les ponía mucho cuidado, pero yo andaba era trabajando para todos, porque, ¿Quién construyó el edificio de tres pisos que les dejé cuando me abrí?... ¿Quién les dio estudio?... ¿Quién los ayudó a levantar, sino yo? ¡Dígame!

Lo que pasa es que uno los aconsejó, pero pudo más el vicio que la razón: ¿Cómo la niña si salió adelante?... ¡Dígame! Yo me salí a pagar arriendo y les dejé la casa para que vivieran los tres arriba y alquilaran los de abajo para su manutención.

Pero, tristemente, Azaél, cayó en manos de ese vicio también y se les volvió un ogro, y a doña Ana y a mi hija, les tocó pedir el segundo piso y pasarse para dejar solo a Azaél allá arriba y evitar los olores y los escándalos con los vecinos.

Me ha quedado un vacío en el alma, pero era de esperarse que terminara mal: Es más, unos meses antes tuve una pesadilla con Hitler, el Putas y unos muertos vivientes, él, entre ellos, y vi clarito el 555.

Fui a dónde José, mi hermano menor que adivina los sueños quien, después de mucho analizar, me dijo: "Hombre Nacho, eso significa algo muy duro y no sé si decírtelo". "Noo... dígalo, hermano, que a esto vinimos!":

"Eso significa que Azaél va a morir en cinco meses, o, a lo sumo, en cinco años, pero puede que no ... si cambia".

"Azaél, hijo, subí y le dije, recapacite, que mire lo que me ha advertido este sueño (se lo conté) Y él no hizo más que reírse como un loco: "¿Don Sata?", se decía, "Míreme a los ojos, Cucho: Yo soy don Sata", repetía, y se reía mostrando sus poderosos dientes en forma desmesurada... "¿Sabe qué, Cucho? ¡Soy inmortal!" Gritó dándose puños en el pecho, y bajó volando las gradas.

Fue la última vez que lo vide.

Este mayo, corrieron a avisarme que doña Ana había sido hospitalizada.

Cuando fui a verla, estaba llena de heridas por todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Me contó que cuando subió a llevarle algo de comer, el hijo, en un ataque de maldad y rabia, había arremetido contra ella, sometiéndola con brazos y piernas, habiéndola mordido brutalmente, mondándole la cabeza a pesar de que ella le hizo oposición hasta donde pudo.

En medio de la lucha feroz Azaél se paró muerto de la ira y fue a la cocina, quizás buscando un cuchillo, y ella, horrorizada y herida como estaba escapó como pudo, bajando al primer piso a pedir auxilio y esa gente la trajo al hospital enseguida.

Azaél desapareció desde esa tarde y, ese mismo día, horas después, estaría cumpliéndose la profecía de José: por unos perros, se ubicó su cuerpo: "Murió de muerte súbita, pero yo creo que fue El Putas que vino por él".

Por supuesto, un hijo por loco o por malo, no deja de ser hijo, y su pérdida duele.

Le dimos cristiana sepultura.

La vida sigue. Pero, también este año conocí a Rubí..., ¿cierto, mujer? Que me ayuda a trabajar y me está haciendo la vida más amable en medio de todo este caos.

2.7 Un tiroteo en Folleco

Pasando por el lugar me cogió el abaleo y corrí cual venado a parapetarme detrás de una camioneta estacionada a unos metros. Los disparos iban y venían, y, ni más ni menos que en las películas, yo, de pendejo, medio me asomaba para ver cuándo podía huir y refugiarme en un lugar más seguro.

En esto, sentí martillar tres tiros consecutivos a mi oído. Me palpé: No. no estaba muerto. Me volví y ahí estaba el pistocho.

El haberme topado con su mirada me permitió configurar y rápidamente comprender dos cosas. Primero, que no me habían dado, pues, excepto por mi oído izquierdo embombado, permanecía ileso y que sus tiros, a pesar de lo cerca, iban dirigidos al interior de un local desde donde también disparaban. Y, segundo, que estaba peligrando doblemente. Entonces, hube de taparme los ojos con la derecha y exclamar, durísimo: "¡Señor...No lo he visto!... ¡No lo conozco!", mientras con la otra enfatizaba lo dicho, indicando, no, no.

Al bajar la mano, vi que el tipo se había movido dando bala hasta detrás de otro carro: "Qué H.P. tan teso", pensé y este pensamiento me envalentonó a correr en sentido opuesto al del pistolero, para refugiarme en una cafetería que permanecía abierta, en la que encontré a los presentes bocabajo, protegiéndose, aunque las balas nunca llegarían allá.

Después del abaleo llegó la ley.

Entonces, todavía asustado, me fui retirando discretamente.

Todavía no vi nada. Y esto es pura literatura.

2.8 Vivir para ver

A Candelo, el más grandote e ingenuo de la cofradía de “Los Bacanes” ya ebrio, lo arrojaron al río en plena noche (diversión de borrachos) quizás ignorando que no sabía nadar, quien en medio de su borrachera ni cuenta se daría que se había hundido y tocaba fondo.

“Makario”, un negro de otro grupo que no tenía velas en ese asunto, pero sintió que Candelo se estaba ahogando, se lanzó al agua y agarrándole del pelo lo sacó a la orilla se acaballó sobre él y dándole respiración boca a boca lo revivió.

Lo paradójico del hecho fue la reacción impulsiva de Candelo, quien después de devolver atenciones, puesto que “Makario” hubo de inducirle a arrojar el agua tragada presionando su estómago, ¡se paró a atacarlo... a su salvador digo!

Enlagunado por la embriaguez, el mono Candelo, olvidó por completo que quienes lo habían aventado al río, eran sus cofrades quienes siendo sus “compas” no tuvieron ni siquiera la gallardía de ayudarlo a revivir.

¡Habrased visto tamaño engaño! Diría alarmada mi tía que había vivido para ver.

2.9 La industria de la casa

Ellas se levantan temprano a asar arepas. Les quedan ricas y les faltan manos para hacer más porque a las ocho ya han despachado dos o tres centenares y claro, están que tiran la toalla. Son madre e hija y están hechas al trabajo desde hace rato, vienen de extracción campesina y sin pereza ni aliño hasta el domingo asan arepas.

Ellas a las nueve de la mañana ya tienen lo del diario y el arriendo, la cara plata de los servicios privados de Folleco (del gas, la luz y el agua) (Ah, y la cuota del contador de energía eléctrica que en Folleco cambian porque sí, aún sin haber terminado de pagar el anterior) que hay que pagar para poder vivir en este pueblito sobreexplotado y sin deudos. La hija se pone a las tareas del hogar: a espantar el diablo de la casa, a barrer, trapear, limpiar, lavar, planchar su ropa y la del padre enfermo, en cama. La madre se pone un sombrero vietnamita y sale con seis termos de tinto y pintaditos, además de los productos

que salen del horno en un pase de sus manos... y ya está: he ahí los pandebonos, los subidos, ¡y los trasnochaos! para el algo de los mecánicos y los vagos (que esperan las briznas) quienes saben que llegará para las onces.

Como ellas, mil seiscientas más mujeres del pueblo asan arepas, hornean pandebonos, cuelan el tinto para vender en termos, y salen a la calle a guerrear sus centavos, paliando la fatiga de los obreros, los artesanos, empleados y los vagabundos que algo apañan.

La competencia es dura ahora, de niño yo recuerdo que misia Inés Unás, viuda ella, levantó y educó a sus nueve hijos, asando arepas, solo arepas, y uno de ellos llegó a viceministro de minas.

2.10 El gigante Justo Bueno

Don Justo Bueno Merlín era altísimo. En su cara hexagonal hallábamos unos lentes verdes como culos de botella que le servían de gafas de tanto aumento que bien hubiera podido con ellas hurgar el firmamento y descubrir estrellas. Pero, en contraste, venía mirando desde su altura las cosas terrenales; en particular a las gentes a las que dedicó su luenga vida entera. Era enfermero en su barriada pobre. Tenía una casa vieja pero grande y vivía del alquiler de sus doce cuartos.

Aunque los inquilinos, en buena medida, se hacían los comunistas para no pagarle mensualmente, en la certeza de que no los echaría por ser él el fundador ese partido en Folleco. Pues fiel a su doctrina era el hombre más solidario del planeta tierra.

Yo mismo creo deberle en parte la vida: Me mordió un traicionero pastor Collie, de pelo largo, al que quise acariciar confundiéndolo con Lassie, el primer perro de la televisión, y mi madre me llevó adónde él a que me atendiera. Don Justo a falta de vacuna contra la peste rabia, en ese entonces, me aplicó 39 dosis de penicilina. Me inyectaba con una jeringa de vidrio revestida de metal con la que chuzaba a todos los demás apestados, luego de hervirla a altas temperaturas. Eso, después de succionar la sustancia de un frasquito e inocularla mediante una aguja tan larga como la espada de la estatua de Bolívar (o así me parecía) alrededor de mi ombligo, una por día. Pero antes debía esperar a mi turno en una banca larga de madera, en la que iba avanzando poco a poco hasta llegar a él, en riguroso

orden. Y en tanto platicaba con los otros de asuntos graves que yo aún no acababa de entender: “¿y qué es el comunismo don Justo?” Le preguntaban y él respondía poco más o menos, de este modo:

“Eso es justicia social: yo tengo este caserón y estudié enfermería y mal que bien vivo de ello; don Ramiro, aquí presente, que no me deja mentir, tiene su casita enfrente y una carretilla. No paga arriendo, pero no alquila y únicamente vive de los acarreos: y usted don Chucho, perdón si le molesto, no tiene casa y vive de su empleo de vigilante en el hospital. No puede permitirse el lujo de que lo boten, de manera que está maniatado, porque si protesta, ¡qué se pone a hacer después... Dígame usted! Y eso no es nada, usted tiene un empleo, pero: ¿y los que no lo tienen? Ah, se imagina usted andando por ahí a la buena de Dios, ¿viendo a ver qué les sale? Entonces es muy desigual la vida como estamos. Así es que se trata de equilibrar las cargas, o sea que el que tiene comparta con el que no tiene y se solidarice con los otros que no tienen, eso en esencia es el comunismo”.

Finalmente, me tocaba mi turno, me inyectaba, y yo quedaba intrigado con el asunto.

En otro de aquellos turnos alguien le preguntó: “Bueno don Justo, enton’... ¿usted repartiría esta casa entre sus inquilinos?” -Sí. Lógico-. “¿O sea que yo puedo quedarme viviendo aquí, sin pagarle el arriendo?” “Lógico que no Euberto, eso será cuando llegue el comunismo. Mientras eso sucede, nada nos impide ser solidarios y fraternos, por ello es que, en ocasiones, por consideración a usted que anda vaciado, es que a veces no le cobro los arriendos atrasados dilecto don Euberto” le replicó con sorna follequiana el gigante. De modo que todos rieron y yo reí con ellos, por contagio.

A mí, debía aplicarme 40 dosis, pero cuando me faltaba una, dijo: “jovencito usted ya está curado del posible contagio de rabia, no necesita más inyecciones”. Yo desde luego me alegré por eso, pero me entristecí a la vez, porque ya iba acostumbrándome a esa gente mayor, a esas polémicas, a esas lecciones de vida.

2.11 Dos por turnos

¡Yo no tengo la culpa de haberme enamorado de Eladio ...él es tan lindo conmigo! También mi esposo lo es, pero es distinto. Nosotros estábamos bien él y yo, para qué. Lo que pasa

es que uno no calcula que se pueda enamorar de otro también así lleve harto tiempo casada y tenga hijos, y hayamos luchado juntos todos estos años para levantar la casa que, aunque estrecha, es la nuestra.

Yo no me quejo de Tulio, lo quiero igual que antes cuando disfrutaba viéndolo enganchar el caballo a la carretilla, montarse y salir ahuchándolo con besitos, a rebuscarse el pan para todos. Aunque no crea, la competencia hoy día es dura y esa plata que él consigue ya no alcanza ...menos mal que yo conservo el trabajito en la casa de don Absalón que es grande pero nunca me ha quedado grande a mí arreglarla.

Entonces con lo mío, lo de él y lo de Eladio, nos las arreglamos como podemos.

Cuando me enamoré del Negrito, yo si le dije: "Tulio mío, usted sabe que siempre lo he querido, pero, antes de que se vaya a dar cuenta por otras bocas quiero confiarle algo: Estoy saliendo con Eladio el vecino cortero, de allí arriba. Y como usted tiene derecho a saberlo se lo digo: ¡Pégume o máteme si quiere, pero así son las cosas! No voy a ocultar esto", le dije.

Tulio que es un hombre fuerte, contuvo las lágrimas, y me agradeció la sinceridad, y me preguntó, que qué seguía ahora para nosotros: "... Pues que como yo soy la del problema, tengo que irme y dejarlos".

-No. eso no puede ser, mujer. Quién va a atender los hijos ... y el estudio de ellos, ¡qué! No. Él que debe irse soy yo. -dijo él- enganchó la carretilla, se montó, y adiós, Helena.

Eso quedó así, un tiempo. Yo no me atrevía a traer a Eladio a la casa. Y Tulio alquiló un cuarto al otro lado de Folleco. Pero Alicia la mayor, que adora al Mono se lo rebuscó y hasta allá fue. Enseguida vino y me dijo que mamá por favor haga que vuelva, que mi papá está muy mal y muy solo y muy triste. ¿Y qué me tocó hacer? Pues ir a buscarlo. Entonces le dije: "Vea Mono, yo también lo extraño, y lo quiero igual, pero sigo con Eladio. Yo le hablé de usted, y él me dijo que no veía problema en que yo lo siga queriendo también a usted".

-... ¿Y entonces, para decirme eso vino?

“No. Lo que pasa es que le voy a proponer algo si usted no se molesta más de lo que está conmigo”.

- ¿A ver, de qué se trata?

“Pues que dividamos la alcoba con panel yeso, y usted vuelve allá, a su casa, y medio mes yo vivo con usted, y medio mes con el Negrito”.

-O sea, que él irá a vivir allá y dormirá en la media alcoba de al lado, ¿verdad?

“... Así es!”

Bueno. Así fue y así hicimos, por el bien de los hijos y mío y de Tulio y de Eladio.

El Negrito aporta lo de él, yo apporto lo mío y Mono, lo que consigue con la carretilla. Y vivimos más cómodos, la verdad sea dicha. No sé cuánto pueda durar esta alegría para mí de tenerlos a los dos, por turnos. Ellos, son amigos y se ayudan mutuamente. Lo único es que a veces, cuando, estamos en esas (usted sabe) mi esposo, desde el otro lado, no sé si por joder o qué, toca una y otra vez el panel yeso y murmura:

-Pss, pss, hey, hola... háganlo pasito!

2.12 El último velorio

Cuando murió José Dolores fue la última vez que nos reunimos todos: Acudieron trescientos López e inclusive otros López, descendientes de Pedro, queridos por nosotros. Fue una fiesta el velorio, a pesar de su muerte tan sentida. Así es que con un ojo lloramos y con el otro reímos.

José Dolores fue el último de nuestros mayores, era fuerte, aún a sus noventa y uno, pero se cayó pasando el puente del ferrocarril; traía terciado un líchigo lleno de naranjas para nosotros sus nietos, pisó en falso entre un polín y otro y se cayó, quedando atrapado en el puente, el tren le pitó atrás y unos muchachos corrieron a auxiliarlo logrando sacarlo de la trampa, y cargarlo hasta el salvavidas, para luego arrojarlos al agua. Quedó gravemente lesionado y en shock, no pudo volver por las frutas a su finca; yo lo recuerdo

mordiendo trozos de panela melcocha y bebiendo agua, caminando por el campo, había sido arriero y finquero, antes de La Violencia, de manera que cuando salió arrojado por los pájaros de su tierra llegó a Folleco y con lo poco que logró vender allá, compró acá una finquita diez veces menos grande dónde cultivar y seguir siéndolo, sin revelar su filiación política. Allá le habían matado familiares, y él se salvó por sus favores constantes a todos cuantos vecinos pudo ayudar en la vida, pero igual le tocó huir y refugiarse acá y olvidarse de los discursos de Gaitán que sabía de memoria...

Acá, plantó maíz y frutales, acá tuvo un hogar, una nueva familia, y estuvo rodeado de afectos y amistades; hasta su casa llegaban cuántos familiares exiliados de su mundo de antes, a verlo, a conversar, a recordar...

Trescientos estaban, entre hijos, sobrinos, primos, nietos, bisnietos y tentenelaires, y amigos nuevos y descendientes de los amigos viejos, ¡de tiempos no olvidados!

Y el espíritu López se tomó el velorio y departíamos, o nos abrazábamos ante el ataúd. De modo que hubo lugar para el abrazo y los besos fraternos, cien hablaban, cien lloraban y cien reían, las conversaciones se cruzaban y cada uno oía esta y las de los otros parientes entrañables, los reconocimientos, los chascos, las jodas, los chismes de familia porque entre nosotros está prohibido ruñirnos la panela de otros López. Sabíamos las obras y milagros de cada uno del clan y nos gozábamos en nuestras historias propias, en nuestros dichos y en nuestras palabras, y por supuesto, nos reñimos y reímos de nosotros mismos.

Uno de los vecinos viendo eso, oyendo eso, alarmado por nuestra alegre tristeza alrededor del féretro de nuestro anciano venerable se paró y dijo que paráramos la guachafita y respetáramos. Entonces se paró Cristo' y dijo: Un momento, un momento, un momento. Se hizo un grave silencio, y prosiguió: Le agradezco en nombre de los trescientos López presentes en este duro adiós a Jose* nuestro tío, su preocupación y dolor por su muerte es apenas justa por un hombre como él, y lo sentimos, créame, pero, hay una cosa: ...el muerto es de nosotros!

(*Jose, le decíamos familiarmente)

2.13 Necesidad de contar

¡Maté a un hombre!”, exclamó de súbito, examino mi rostro como escrutando que efecto habían tenido sus palabras: “Lo maté mal mata'o”, agregó.

Yo no hubiera querido oírlo decir eso, pero dichas las palabras, lo sabemos, ya no hay vuelta atrás y de la sorpresa pasé a la estupefacción, de modo que no dije nada al respecto. Él debió pensar que su confesión repentina me había causado miedo, y por consiguiente mi silencio; soy de común locuaz, por lo que se adelantó a oponer: “No soy un asesino. Únicamente a él lo maté... yo tenía 19 años y mi novia unos 30, calculo, por mi madre que esa noche me vine a enterar que tenía otro amante: la sabía casada con un señor mulero que viajaba a la Costa, y en esas ausencias era yo quien la visitaba de noche, bien de noche como para no despertar las lenguas vecinas. De manera que cuando sentí las llaves girar en la chapa y abrirse la puerta creí que se trataba de su marido y me sentí hombre muerto”.

El tipo entró esgrimiendo un arma en la mano. Nancy gritó: “No. No dispaes. No es lo que estás viendo”.

Ricardo Méndez, así diría el juez que llamaba, titubeó ante ese argumento y brevemente pareció bajar la guardia.

“Yo, desnudo como estaba, pero no indefenso pues sé algo de artes marciales, aproveché ese segundo para abalanzarme sobre él y arrebatarle el arma fácilmente, que ya estaba montada y dispararle. Es probable incluso que él no tuviera para ese momento intención de matarnos”.

Nancy como un volador, dando un alarido, saltó a abrazarlo antes de que cayera.

“Yo, todavía con la pistola (una semiautomática SIG pro de calibre 9mm) empecé a llorar estentóreamente: ...Mona, ¿lo maté? Le pregunté no sé cuántas veces y ella que no me contestaba, en cambio, no dejaba de apretujarse a él y era grite que grite tratando de taparle el orificio en el pecho ingenuamente, con su manecita gordezuela: Herida por la que una pluma de roja sangre brotaba como de un surtidor”.

Por la puerta entreabierta asomó gente y luego llegó la policía.

“Conté todo excepto que soy cinturón negro. Estuve apenas seis meses en prisión. Pero siento que debo esa vida y debería estar pagándola”.

“La Mona está conmigo, su esposo la dejó con el escándalo, y dice muchas veces que me ama y me cubre de besos cuando llego a casa después del trabajo y las cervezas, como posiblemente lo haga hoy. Pero, ya no es igual el fantasma de Méndez; la mano de ella cubriéndole la herida en el corazón; su bello cuerpo desnudo infamado de sangre..., el rostro desolado del muerto, se interponen entre ella y yo”.

2.14 Exorcismo

Alguna vez nos fuimos a presenciar un caso de enajenación extrema de una jovencita de trece años, en un pueblito circunvecino de Folleco, uno de aquellos que parecen sin gente, entre semana. Era martes. Pero, esta vez, una romería acudió al lugar donde la nena iba a ser visitada por un sacerdote exorcista del Catatumbo, de la región del rayo que no cesa. Logramos junto a otros reporteros que nos dejaran esperarlo en la puerta de la casona donde se hallaba haciendo fiestas la "endemoniada muchacha" y luego colarnos detrás del cura. Estábamos, lo confieso, muy intrigados con el asunto y quizá por ello entramos conscientemente, de una, a esa terronera, por pura intromisión periodística. El exorcista nos indicó que iba a entrar a la alcoba de ella, y con un gesto nos indicó que nos hiciéramos lejitos, con un hisopo bellamente repujado que sacó de un cofrecillo asperjó agua bendita y armado de un cristo de mano que elevó hasta su frente y en la otra listo el hisopo, empujó la puerta, entró, y tan pronto como lo hizo una "fuerza" lo expulsó desde adentro y cerró la nave entreabierta por dónde esté salió volando. Ever Nogales, que era nervioso, corrió a salir de la casona y yo tuve el mismo impulso, pero ... dónde dejar la curiosidad! Me devolví y en esto vi entrar otra vez al exorcista. Los demás y yo oímos nítidamente el: *"vade retro satana"* de la oración y enseguida oímos alzarse sobre esta voz una tempestad de palabras guturales en un inglés "rockero", entremezcladas con latines, durísima. Se escucharon unos golpes como de "kick boxing" y unos gritos viriles que no cejaban de orar en la lengua latina: *"Crux sancta sit mihi lux/non draco sit mihi dux/vade retro satana/numcuam suade mihi vana/ sum mala quae libas/ ipse vena bibas, /*

Nos figurábamos que le estaban dando una tunda al sacerdote, pero este en su propósito denodado insistía en gritar "*vade retro me satana*" y la voz grave y potente de bajo operático, bramaba palabras sucias, entremezcladas en una lengua extraña (oculta).

De pronto, todo quedó en silencio. Y nos figuramos lo peor, imaginación que se vio reforzada porque un viento fuerte hizo chirriar lentamente la nave de la puerta, por donde salieron varias ruedas de fuego que se extinguieron afuera casi simultáneamente al contacto con el exterior. ¡Cosa que nos hizo desistir de la idea de entrar a la alcoba semiabierta... y nos puso los pelos de punta, literalmente!

(yo estaba decidido a entrar, pero al verlas desistí de inmediato)

Acto seguido, salió el cura, la sotana rota, desmelenado y sudoroso, y dijo: "Pasen, ya se fue ESO".

Entramos. Adosada contra la pared del fondo, estaba la jovencita, en su pijama, que, hecha un guiñapo, por el agotamiento, y el desconcierto, empezó a gemir como una niña pequeña. En esto, entró la mamá y al sentirla, volteó y se abrazaron, entre lloros y resoplidos de esta última que le decía: "Ya, ya, ya. Ya de pasó todo, tranquila hija." En el tono con que se calma a un bebé.

2.15 Las héroes y el orate

"Carretón" no estaba loco del todo, era un estudiante aplicado en la carrera de filosofía, y se había graduado con honores en el bachillerato, pero perdía el contacto con nosotros un par de veces al año; de un día para otro, imbuido del poder de la luna llena, salía desnudo a caminar por las cornisas de la terraza de residencias universitarias, conservando perfecto equilibrio, como un sonámbulo, de donde descendía como después de una caminata por la luna, dando saltos de canguro; rompía las paredes de vidrio para no pasar por las puertas de la cafetería hiriéndose, sin darse cuenta, y avanzaba traspasando con una mirada brillante e impenetrable las nuestras (desconcertadas) Miraba hacia el horizonte, en inquietante silencio. Luego, podía soltar una risotada que hacía huir de miedo a los circunstantes, o simplemente, alejarse como un robot, estirados los brazos y las piernas, a la manera nazi...

(sólo que desnudo)

O fijarse en alguna muchacha en pose de pensador o fiera, magnífico en su acecho, acaso sin deseo, que entre el terror y el embrujo se quedaba estática, mientras Carretón se iba a hacer otra cosa que le dictase su inconsciencia.

En contraste, era un hombre extraordinariamente decente en su cordura, y del grupo admirador de Leibnitz, quien pensaba que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Eso no obstó para que una tarde intentará el suicidio lanzándose del cuarto piso. El hecho fue dramático: al tirarse, por la estrechez del ventanuco, quedó, gracias a su correa engarzado a un gancho de una de las celosías, chilingueando, con la mitad de su cuerpo afuera, y de la mitad hacia abajo, adentro. Su hermano (que compartía el espacio con él) alcanzó a agarrarlo por las piernas, pero su peso hizo que se le fuera deslizando como agua entre los dedos, hasta que finalmente, se le fue al vacío. Soltó su pantalón que le había quedado entre los brazos y se llevó las manos a las orejas, para no escuchar el choque del cuerpo de su hermano contra el suelo del primer piso pero lo que escuchó fue un gran grito de dolor: Se asomó al ventanuco y vio la escena: el loco había caído encima de dos chicas estudiantes que no le conocían pero al verlo caer decidieron oponerle brazos y hombros en su trayectoria, de modo que Carretón no se mató... es más: ¡salió ileso caminando!

Las heroínas fueron llevadas al hospital donde estuvieron recuperándose de las fracturas por un par de años.

2.16 El lungo viejo y la tía pata

Antes, mucho antes, los paisas tenían en la palabra “lungo” una expresión odiosa para designar a los jornaleros a quienes verían por debajo del hombro y por ende irse a “lunguiar” era irse a labrar la tierra. Paradójicamente el trabajo más digno y peor remunerado se le sentía como una calamidad, casi que como el peor al que pudiera dedicarse un hombre. Pero en el fondo, el término estaba simplemente “semantizado” porque visto desde la etimología lungo es sinónimo de longo, o sea de largo, extendido,

amplio, prolongado, dilatado y hasta estirado. Y sí, el trabajo del lungo se caracterizaba en Babia por largo, interminable y mal pago.

Cipriano Navarrete lunguiaba en la finca familiar frisando los sesenta, aunque el trabajo campesino le hacía ver más viejo. Su vida había transcurrido yendo de finca en finca de los Jara' y ya era como un patrimonio familiar que heredó la tía rica más pata. Él era un jornalero incansable, tranquilo y callado al que no lograban alterar las lluvias del Quindío ni los soles del Valle, pero nada parecía ser bastante para su patrona. Navarrete debido al trabajo rudo era compacto y ágil, sólido como los guayabos que plantó, de frente amplia bajo su eterno sombrero alón, piel tostada y estatura breve sin ser pequeño. El macho para volear hacha y toconear árboles caídos, arrancar las malezas con las manos o desbrozar caminos con el filo, y usando la escardilla remover la tierra y destapar caños, y labrar con la pala, y con el pico y la barra agujerear el suelo, excavar y obrar huecos en las sementeras*, con el recatón abrir surcos y zanjas combinando el azadón y con la pesada pica de doble utilidad romper y preparar terrenos duros. Por supuesto, en su atuendo nunca faltaba la peinilla multiservicios al cinto, en su vaina de cuero el pañuelo al cuello o el poncho al hombro, pero empapados de sudor. Sin embargo, para doña Pata, en su soberbia, Cipriano era un zafio, un burdo, un inútil ya, un lungo viejo e incluso parecía tenerle asco quizás porque en el fondo ella, que no hacía nada excepto joder, se sentía cuestionada.

En esos años de paciencia y oprobio acostumbrado a las inclemencias del tiempo y a la dureza de la vida en el campo Cipriano templado por la adversidad y la fatiga, después de trabajar desde el alba hasta el crepúsculo bajo soles intensos amarilleando sus espaldas y lluvias traidoras sobre su pecho ancho debía vivir como un rito cotidiano la cantaleta "matamarranos" de su beata patrona soportada con paciencia jobiana bajo el ala del patio, antes de entrar a tomar la merienda de esa señora insidiosa que vivía pendiente del menor descuido suyo u olvido involuntario para "vaciarlo" por largos ratos como una furibunda tempestad cargada de rayos y centellas.

Yo digo que la soberbia del amo no encuentra correspondencia en el esclavo cuando este opone a la grosería, su bonhomía, aunque se confunda su voluntad de servicio con servilismo. Cipriano era así, genuinamente humilde, no obstante, el ejercicio de poder de la Doña Arbitraria sobre él.

Navarrete no la excusaba, pero la soportaba con resignación. Entendía tal vez, en medio de su paciencia que él (junto a los otros jornaleros) era el responsable de ese mundo campesino que protagonizaba desde niño cuando era yuntero; por los productos, los animales, el aire y las aguas, los días y las noches y las gentes que vivían allí con él compartiendo ese espacio de manera que trabajar era su única respuesta, ¡se sentía su sostén secretamente... Atlas criollo! Para que el campo perdurara o fuera posible.

Yo estaba chico, pero sentía encono contra la tía Pata por el trato a los trabajadores, y en especial el abuso contra Cipriano que era tan increíblemente valioso y leal a ella, a pesar de ella misma.

Después, pasados los años, la Pata se hizo mayor e hizo malos negocios y perdió la finca, de manera que hubo de recogerse en la ciudad acoquinada y casi despojada del todo incluidos sus otros bienes; olvidada, a punto de ir a parar a la calle la entendí y sentí empatía por ella en esa situación. Creo que cuando fue poderosa sufrió la peor de las cárceles del alma: la soberbia, estaba dominada por la obsesión de dominar y ello la impulsaba a violentar a los que creía más débiles, ejercía su imperio como una diosa... hasta cuando la diosa Fortuna, esa sí diosa, le quitó hasta la prepotencia.

*sementera (col): terreno o subsuelo para el surgimiento de las nuevas semillas.

2.17 El que no había tenido

En Folleco, Calígula, que se sepa, no llegó a matar a nadie, pero casi; el azar quiso que se volviera rico de la noche a la mañana, y él, que tenía complejo de desclasado lo primero que hizo con la plata fue comprarse un caballo de paso al que rebautizó "Incitato" y montado en este, se metió al amplio salón social donde solían reunirse los cacahos del pueblo, y acercándose a todos y cada uno, dizque les decía desde arriba, por lo bajo: "Hijueputa..., me los pasé a todos ustedes en una sola noche".

Compró una finca bonita en las goteras de la ciudad e hizo construir un palacete sobre un cerrito al que vivía como su "campidoglio" para recibir los invitados a sus fiestas fastuosas y ajuareado con traje de emperador salir en su caballo, con corona de laurel y sandalias de doradas grebas, saludando "Avis Checharis" haciendo que los demás respondieran "Avis Checharis" y puestos firmes, extendido el brazo, le saludaran.

De modo que al principio eran muy divertidas las veladas y muy concurridas, con cenas opíparas, músicos, estimulantes y mujeres elásticas, regalos y rifas.

Calígula duró como tal poco... un lustro largo, tal vez, pero en su corto periplo de emperador pasó de la fantasía teatral que si mucho le daba por poner apodos odiosos a sus huéspedes, a la locura autocrática... habiéndole dado por echar tiros al aire a ver si tumbaba nubes y a los pies de los músicos que al concluir las fiestas le cobrarán, como si se tratara de inofensiva pólvora... lo mismo que hacía desnudar a las chicas alegres a las que hasta ahí les llegaba la dicha, porque montado en Incitado las perseguía e imitando el rapto de las Sabinas, las alzaba al vuelo y se las llevaba a su lecho... de manera que mujeres y músicos y algún poeta curioso del pueblo, alguna vez, debieron correr de huida del "emperadorcito" yendo a parar a los jagueyes de la hacienda hasta el amanecer, entre lodos y buchones, mientras el loco merodeando la orilla, les gritaba: "Non fuyades cobardes"... como cualquier caballero malandante gastando municiones, entre carcajadas imperiales que taladraban la noche.

Como a Calígula a nuestro emperadorcito le llegó su hora cuando menos la pensada: después de cinco años de ejercicio del poder, joder viejas y reventar pelotas. Se había ganado con creces la animadversión de medio pueblo con sus bromas macabras, así es que alguna de esas gracias terminó costándole el pellejo.

2.18 Estafa matrimonial

Este Martín Caballero la deseaba, pero desde su infancia le había sido prometido a su prima por nacer, a condición de no ser desheredado por los abuelos.

Él le sugería a su noviecita que se volaran, pero... pero, María Virgen, de los Virgen de Folleco, decía que no, y no se dejaba poseer de él si no se casaban; no obstante, su clase y riquezas, aunque también lo deseara perdidamente.

Y así pasaron años de noviazgo, o sea, de bobiazgo.

Un día Caballero le dijo que era tanta su pasión por su persona que había decidido casarse en secreto con ella y así burlar el férreo compromiso familiar (mientras morían los viejos)

le propuso que se casaran en Cartagena en una iglesita de barrio, irían en su automóvil: ellos adelante y los padrinos atrás, sin amigos ni familiares que después pudieran aventarlos y de paso se quedarían a la luna de miel.

Ella aceptó.

Y un mes después, vestidos para ir de bodas, desde acá viajaron y esa noche, un 1° de agosto, los estarían casando en el templete más mono de La Heroica decorado ex profeso para la ocasión.

Un cura joven un poco chambonamente les echó el machetazo sempiterno, habiéndolos casado tan rápido que María no atinaba a creerlo. ¡Rápido salieron de aquel recinto sacro y se fueron para un hotel de lujo junto a la playa, se tomaron sus vinos... y a lo que vinimos!

Para nada porque el tal cura era un amigo seminarista del novio que consiguió prestada la iglesita, se puso el alba de novicio y se estrenó la capa que le regaló Martín esa noche, y que llevaría después en su vida de cura (era pobre el clérigo), no sin antes hacerse perdonar de la novia, de temor a que llevara el cuento a la Curia, quien antes que sentirse burlada le agradeció que la hubiera librado de ese “exposo” pues al sentirse libre consiguió otro novio menos apasionado que no sabía manejar carro ni curas, pero era limpio y derecho, y así pudo casarse otra vez por la iglesia sin incurrir en dolo, el 31 de agosto siguiente a esa impía defraudación.

Después, el buen Martincillo sintió el ansia de verla y tenerla nuevamente y como era caprichoso salió como un tren a buscarla, encontrándola felizmente casada con cuatro hijos y el rancho ardiendo.

2.19 Osama y La Chimu

En Folleco todo es posible y lo que no lo es ya verán que sucede. La Chimú era la mujer más pequeña y desvalida que se conozca: no comía casi, y dormía menos, vivía por los alrededores del centro y solía quitarse la ropa y dar del cuerpo en cualquier sitio a cualquier hora, asearse con la mano derecha y limpiarse en las paredes de vidrio de un banco moderno donde dejaba su impronta y se contemplaba a ratos.

Hasta ahí llegaban las filas, pues ahora la prisa era por alejarse antes que le diera por venir a tocarnos como si fuéramos de vidrio o su reflejo.

Que yo sepa nadie había sido más subvertor ni llevado de su parecer en este villorrio de gente especial a no ser “Osama” un viejo alto, muy alto, ojos claros bajo su ceño serio, cruzada la frente por un río de gruesas arrugas y pobladas cejas con aspecto de patriarca abandonado, que escogió por portal un rincón externo del segundo piso de un edificio emblemático engastado en una esquina de la calle Mármol donde guarecerse de las inclemencias del tiempo y de las burlas de los patos que sabiendo de su propensión a la ira, le gritaban: “Osamaaaaa” y él se encendía como una caja de fósforos a un tiempo y bajaba de su refugio a lanzarles rocas de un arsenal que mantenía listo en un líchigo haciendo fiestas con los vidrios de los almacenes y también la demás gente debía correr a esconderse.

Osama parecía un Zeus tonante que lanzara rayos con su mirada y gracias a su mala puntería hacía estragos por toda aquella calle... pero, ni modo de cobrarle! La última vez que lo vieron actuar fue contra un grupo de Pentecostales que ignorando quién era se acercaron y le dijeron: “...Arrepiéntete, ¡Cristo os ama!” quienes todavía han de andar arrepentidos de haberle provocado, porque les llovió enseguida un apocalíptico vendaval de piedras.

2.20 Quiteria

“Quiteria del Ojo Desorbitado” antes de ser llevada al Brasil habitaba en el parque de Folleco durante las noches de verano; digámoslo más propiamente: Cohabitaba.

Se dice que en su edad fértil pudo haber concebido once hijos, aunque no se sabe exactamente cuántos; pudieron ser más, contando sus nonatos. De padres desconocidos, cuyas “abuelas” se los fueron quitando uno a uno tan pronto como iban llegando al mundo.

Quiteria, a pesar de lo lenta, era atractiva para los vagos del pueblo que verían en el verdor de sus pupilas intensas la ocasión de fundirse entre sus brasas (¡...y sus brazos morenos!)

Quiteria, era piernipotente de tanto trabajar involucrando caderas, pies, rodillas... se veía escandalosamente buena entre el agua corriente y las rocas exponiendo sus tetas de lavadora de río que brotaban como toronjas bajo el escote de su bata. Y, lo más importante, se avenía a lo que los muchachos le pidieran: lo hacía en el suelo ajedrezado, en la pileta central entre cariátides, (seca o bajo el agua) contra los tallos de los guayacanes o arriba, en las horquetas, bajo las copas e inclusive en aquellas bancas de gélido cemento.

Después madura, aún quemaba totes, aunque ya no en la plaza.

En Folleco todos sabían el dato, pero se hacían los de la vista gorda, porque aquellos muchachos atrevidos eran de gente 'bien', despertando a la vida con ansias de aventuras peligrosas.

Ya en su tercera edad la acogerían en "El Brasil", donde fue agrídulcemente celebrada su venida con bombos y platillos por parte de los mayores, hombres; y el desazonado vacío de las damas.

2.21 Viajero por azar

Don Edilberto Montes nació pobrecito en medio de pobres y desde niño tuvo que trabajar en cuanto pudo porque el hambre no da espera y mueve el mundo.

Don Edy es blanco y si lo pusieras imaginariamente entre europeos pasaría por uno, sin tocar aro, de manera que un día no se ganó la lotería pero por azar fue a dar a Francia adonde una hija suya casada con francés había ido a parar quien lo invito para que conociera la "torre infiel" y a "le tour de Nesle" y al río Sena tan caros a sus recuerdos de sus aventuras por allá, y ese mes lejos le cambió la vida; entendió que había un mundo más allá de la nariz a por ver y había que ahorrar para volver.

Con el tiempo y un palito hizo unos pesuchos y una boleta se ganó, con lo que le alcanzó para ir a visitar el ombligo del planeta, o paralelo 0° y tomarse la foto, desde luego a la catedral de oro en cuyo interior descubrió su brillar inaudito tanto que esta no precisa de otras luces distintas al fulgor de sus lingotes estratégicamente situados en sus bóvedas.

Además de visitar otra docena de templos heterodoxos y otros lugares exóticos de esa ciudad prodigio llamada Quito.

Después estuvo en Cuzco donde recibió la energía revitalizadora de ese cerro en que el Inca imperó y descubrió como cualquier viajero curioso que hay otros mundos, y que uno si puede alcanzar cimas y mejores aires. Así que decidió abandonarlo todo en Folleco y siguió su derrota a pie, en bicicleta, en moto y hasta en camiones subiendo las montañas del Perú y pasó por Bolivia esa tierra donde el agua besa las nubes hasta bajar a Chile, el suelo de los poetas grandes, y entró a trabajar en las minas y fue un hombre de cobre y de eso modo recordó su origen y aquel proverbio del buey que donde va ara. Ahora únicamente de paso, porque siguió a Valparaíso y a Santiago y cogió para Baires, esa ciudad de ciudades. Y otra vez se sintió habitante de Europa.

Fue en barco hasta Colonia y de ahí a Montevideo y allá consiguió una nueva novia.

Su itinerario no paró ahí; se fue con ella a Bahía y a Río y luego a Sao Paulo donde halló tanta gente y tanta cosa qué admirar que se quedó a vivirlo varios años, y buscando encontrarlo un día se descubrió pensando en portugués y esto fue como un renacer:

...Podía hablar otra lengua! y amar en luso, sin ir al otro lado del charco ¡Qué maravilla!

Y ...quién lo ataja ahora que vive en Nueva York, hace pinitos en inglés y gana verdes!.

2.22 Sin Dios ni ley

Él no se llamaba Saúl, pero pongamos que así se llamara. Parecía López por lo robusto y grande, y por sus bramidos potentes cuando llegaba borracho los fines de semana a acabar con su señora doña Eulalia que tampoco se llamaba así, pero pongámosla de esa manera porque era muy bien hablada quien aparte de su fuerza moral que ni de una santa, no podía oponerle resistencia y con sus hijas jovencitas que debían esconderse detrás de las piedras del patio o donde en medio de su embriaguez aquel tunante no las hallara.

A los varones, paradójicamente, nos los atacaba, pero había hecho suficientes méritos como para que estos no lo quisieran ni poquito y se plantearan actos en su contra que

oportunamente doña Eulalia desalentaba: “Sea como sea él su papá... mucho cuidado con ir a hacerle algo!” pero las cosas empeoraban.

Los vecinos reparando en eso decidieron juntarse y denunciarlo. Sin embargo, el rey Saúl tenía la sartén por el mango puesto que en parte las máquinas pesadas de servicios públicos eran suyas, entonces lo que se ganaron fue su bronca y la retaliación que recayó sobre sus mujeres, a las que azotó con más virulencia por esos días y se duplicaron sus escándalos callejeros. ¡Y quién pues se atrevía ahora a reconvenirlo estando en el llavero del alcalde de Folleco! ¡Nadie!

Pero como dice la canción de salsa: “Todo tiene su final, porque nada es para siempre...”

En una de esas iras jupiterinas persiguiendo a su gente a Saúl López le sobrevino un ACV y quedose hemipléjico en medio de una pea.

Inescrutables son los caminos de la Divina Providencia, a raíz de eso el rey Saúl quedó dependiendo de la buena voluntad y la santidad de doña Eulalia que no lo desamparó a pesar de todo, aunque hubiera podido; sus hijos que lo traían en la mira pudieron desmontar el arma parricida barruntada y salvarse de ese horror sempiterno, y sus hijas jovencitas todavía conseguir novio y hacer sus vidas. ...si se fijan?

2.23 Historia de familia

“Mi papá nos mostraba con orgullo mal disimulado sus cicatrices en pecho y estómago, huellas de puñal y disparos causadas en sus aventuras de campeche valeroso que nos contaba cuando su oficio le daba tregua y tomaba aguardiente.

Mis hermanos lo oían con fascinación: esta, decía, me la hicieron en un combate defendiendo la patria, esta otra por el honor de Eloísa (nuestra madre) y la que ven aquí cerca al corazón que casi me saca del baile, fue en una riña con unos bandoleros que querían hacernos la fiesta. Se volteaba y exponiendo su espalda nos decía, y esta me la hicieron a traición cuando era joven un envidioso que decía ser mi amigo y “compaye” y vean lo que me hizo cuando le vencí en una riña, y le di la espalda”.

-Ya pa'... que nos ha contado esa historia mil veces! -le hice ver un día.

“Lo sé hija, pero es que quiero que estos muchachos no la olviden. ¡Y también para que ustedes desconfíen porque caras vemos, pero corazones...!”

A él le dolía mucho que su mejor amigo hubiera intentado bajarlo del bus de la vida y les enseñó a ellos a manejar armas, por si las moscas.

Sobreviviente de muchos atentados personales murió en casa, en su cama, de una hepatitis mal cuidada, antes de cumplir los cuarenta y tres.

Mis hermanos quizás fascinados por sus leyendas de armas siguieron su ejemplo: El mayor se regaló para el Ejército volviéndose soldado profesional después de salir de raso; el segundo siguiendo a este también quiso ser soldado pero no dio la talla, habiéndose devuelto al mes, entonces se metió de guerro, y el tercero se salvó de esas guerras pero no de su propensión a las armas, de manera que se vino de la finca donde todo lo tenía a trabajar como vigi' allá en Fenix, un pueblo vecino cuidando un gallinero ajeno, como si aquí en esta chagra no hubiera bastante qué hacer.

...Cómo la ve? y yo aquí sosteniendo este pedazo de mundo heredado de él, junto a mamá que no hace sino rezar día y noche para que no nos los maten”.

2.24 Contra los tejedores de infamias

El grupo de parte en torno a unas copas, son jóvenes artistas de Folleco a quienes valoro por su espíritu crítico y su talento, los escucho y quisiera meter baza pero es tan importante, para mí, lo que dicen que prefiero escucharlos en silencio (admiro su pensar) desde mi rincón en la cervecería:

“Me saca de quicio oír gente que no duda en afirmar de otra persona o personalidad que es esto, eso o aquello: malo, perverso o criminal, sin probablemente saber nada real de su vida, hechos o milagros, que propalan infundios (... infundados!) que tejen murmuradores profesionales sobre esas personas y como ecos los repiten, sin tener la menor prueba sin

el menor recato, y se hacen voceros de las calumnias que les imputan por el mezquino afán de dañar su reputa'. Eso es común en Babia, pero no me acostumbro", dice Jorge.

"Sí. Esos fanáticos estarían dispuestos hasta a trepar por encima de tu cadáver. Diseminan especies sobre personas honradas y serias, decentes, dignas de respeto vivos o muertos. No logró entender cómo se atreven", observa Socorrito, su pelada.

"Es como si les doliera ver que los otros fueran brillantes, capaces, luchadores, y ellos tan microbios; bastará con que triunfen en algo para que esa plaga les caiga enseguida", acota Hache. "Sí, son profesionales de la minúscula intriga pueblerina, aunque hagan parte de grandes medios", advierte Edgar. "Se aprovechan de que estos no tengan tiempo para andar parando oído a sus necesidades o quizás porque al blanco sus saetas emponzoñadas no llegan o a estos les trae sin cuidado y no los tienen en cuenta", agrega Pablo. "Creo que no les interesa contradecirlos, digo a los envidiosos de sus talentos", concluye Pilarcita.

"Pero, yo si me planto y peleo así no sea necesario, por ellos. La envidia ese odio pequeño que mueve la pelusa follecana y desemboca en injusticia y puede eventualmente ser la causa de acciones mayores, busca eso, indisponer y llevar a los brutos al crimen e inclusive hacer de gente lúcida idiotas útiles, o disponer fácilmente a los cobardes a la traición", ruge Pedro.

"Es verdad, recalca Hache, que es borgiana: "Sí, ese odio menor induce a los débiles de espíritu, y logra justificar a los mediocres".

"Bascas me causan" -decía el profe Chepe: "No me pasan, no me simpatizan, les correspondo con el asco que merecen", arremete Edgar.

"Dicen que la ignorancia es atrevida y eso los lanza a afirmar, sin conocer, sin dudar, sangronamente, cosas que no son; a hablar de lo que no saben; ¡A injuriar sin el menor empacho o arresto de vergüenza... y que hay que disculpar al bausán de estopa por ignaro!", explica Socorrito, la poeta.

“...Porque no saben lo que hacen!”, pienso, mas no lo digo, porque a la sazón recuerdo que esto lo dijo el Maestro, en la cruz.

“No sé a mí se hace que el atraso de Babia tiene mucho que ver con esto y nos los excuso ni acepto”, espeta Jorge.

“A mí es que me sacan de quicio, me llaman a la náusea no me pasan ni con alcohol etílico... porque ahí sí que los veo despreciables”, se suelta Edgar que no oculta su fastidio por ellos ahora que está prendido.

2.25 Lo que ha de pasar

Jorge H. es un tipo al que le gusta andar entre la gente y la gente lo busca para pasar bueno porque es buen conversador y se hace ver cuando es necesario.

En cierta ocasión, cuenta él, yo no quería salir porque tenía un desasosiego raro, pero Julio Hernández mi amigo vino con dos chicas en moto a invitarme al cumpleaños de la mamá de su novia, una de ellas. Y entonces no tuve alternativa. Llegamos y qué fiesta más aburrida para mí que me gusta bailar y oír música fina, nos dieron el pastelito y pasamos a escuchar un mariachi que no hizo sino repetir composiciones de Alarido Gálvis, ¡Luis Lamento Pesado, el Cacharrito Negro, Jony Lloradera y faltaba más... Maluquito Muñiz! Con mucha discreción yo me fui escurriendo cuando mi amigo me alcanzó y dijo que si era que no tenía hambre que faltaba la lechona. Nos tocó devolvernos y soportar esa purga musical, por fortuna, Lully al notar mi aburrición sugirió que, porque no mejor nos íbamos a comer a la Tabla del Rey Arturo, un sitio donde venden pericos de noche y allá enrutamos nuestras motos.

Llegamos y eso estaba “tetiado” tanto que debimos esperar que una pareja que ocupaba dos puestos en esa barra en forma de “U” saliera y así entramos a la estrechez del lugar e hicimos chistes flojos que no cayeron bien a los presentes en la barra del lado opuesto que venían de una cabalgata por la ciudad, acompañados de una acémila a cuyos lomos habían cargado un sonido a toda que emitía esas latas de despecho ¡pobre mula!; en esa época a un alcalde le dio porque había mucho caballo fino sin montar y aceptó que se programaran cabalgatas semanales. Entonces sin percatarme que nos estaban mirando

como moscas en leche porque veníamos sin sombreros alones y con aspecto de yupis de juerga, hice un breve comentario adverso a esos desfiles a los que me dio por llamar “caballatas” y estos se lo tomaron a pecho, de modo que uno de ellos que estaba súper ataviado de “ganadero” me miró que me mataba y uno de sus acompañantes dio la media vuelta de la barra y posándose por detrás de mí se acercó a mi oído y con voz gruesa simulando un secreto dijo: “Fíjense en su alharaca”. Y volviendo a su lugar me señaló advirtiéndome que mucho cuidado.

Yo me quedé mudo. Me chica acompañante se puso a llorar: “Nos van a matar” dijo, ella sí sotto voce, mientras que la novia de Julio, comentó: “Carajo, qué desgracia este pueblo, en el que ya ni hablar se puede”, Julio estaba callado también muerto de susto. Ese fue un momento de tensión generalizada hubo un silencio y alguien, a modo de chiste, o por los mismos nervios porque esa banda estaba armada hasta los dientes, dijo: “¡Juj, pasó un ángel!”.

No habíamos alcanzado a pedir nada, por fortuna, y podíamos irnos, pero pensé: ¿Y si me retiro y estos sombrerones me siguen y me disparan? Miraba de reojo y el tipo, sin duda el capo, me seguía mirando fijo. Finalmente, se paró y todos los otros del lado de él se pararon simultáneamente dejando sus platos a medio comer.

Salieron haciendo el estruendo de los que quieren hacerse sentir. Yo agaché la cabeza y pensé “bueno siquiera se van”. Pero no había terminado de articular ese pensar cuando se escuchó una ráfaga de ametralladora. Y a unísono un estruendo de platos y cucharas. Yo me llevé las manos inconscientemente a las orejas y corregí mi pensamiento: “No... ¡Me mataron!” Sentí que me faltaba el aire, pero era mi chica que me estaba ahogando apretada a mi nuca y supe que estaba vivo porque debí librarme de su abrazo de anaconda. Julio estaba abrazado a Lully. Los otros comensales corrieron a esconderse metiéndose al baño y dentro de la barra.

Un polvero y un totazo fuerte al momento de la ráfaga nos anunció que los tiros habían circuido las jambas de la puerta y tumbado el aviso de neón que insistía en lanzar sus luces intermitentes.

Eso pasó en cosa de segundos. De la banda de texanos unos montaron en sus caballos finos y dieron vivas al alcalde y a los caballos. El jefe se montó en una camioneta junto a su chofer en tanto dos de sus guardaespaldas a lado y lado sobre los estribos del carro hicieron nuevos disparos al aire mientras se alejaban calle arriba, llevándose la mula cabestreada, a la carrera, según corroboraron inquilinos de un balcón próximo.

En medio de esa barahúnda que se armó luego, me dio hasta risa ver como salían y salían y salían comensales del pequeño baño y del hueco de la barra; era como si todo Folleco se hubiera volcado a la Tabla del Rey Arturo y se estuvieran yendo anonadados y aturcidos.

El dueño salió bravísimo a cobrarme los daños: “Señor si no le debemos nada, ni siquiera habíamos alcanzado a pedir cuando se armó esta furrusca”. “Si, ¿todo fue por su culpa al meterse con esa gente... o es que usted no sabe quiénes son ellos?”, replicó.

“No. -le dije- lo único que yo sé es que casi me matan estos tipos y a usted lo único que se le ocurre es cobrarme lo que no me he comido... porque no va y les cobra a los que hicieron todo este estropicio ya que usted los conoce! No sea así hombre.

Y esto es que fuimos saliendo ante la estupefacción del dueño que apenas se llevaba las manos a la cabeza.

Desde eso no volví a salir cuando tengo un mal presentimiento así me inviten con chica a bordo.

2.26 Por siempre socios

Ellos dos eran socios de toda la vida; habían montado un negocito, el más pequeño, sobre la calle Mármol, la principal de Folleco. Y en ese metro cuadrado se sostuvieron cincuenta, el uno dentro y el segundo afuera, atrayendo los clientes, de aquella micro óptica, hasta cuando murió el mago Carlini, capaz de adivinar con precisión examinando los lentes, la fórmula de unas bifocales.

De hecho, mis últimas gafas me fueron adaptadas por ellos, y me impresionó mucho que Carlini se hubiera ido, de pronto, y yo debiéndole parte todavía, de su costo: "... ¡Te va a jalar las patas!" dijo mohíno, el socio, mesándose la barba, aunque enseguida se objetó (el mismo): En realidad quien debe temer eso soy yo, porque en nuestra eterna conversadera, hablamos de casi todo, inclusive de esto, él me repetía que cuando muriera, si era que moría primero, vendría a hablarme sobre cómo era el más allá, con jalada de patas y todo. Yo, que soy supersticioso, le decía, manito, no hablemos más de eso, ¿quierés?"

Ayer murió el barbado, de repente, mientras dormía.

2.27 El rey del barrio

"Yo alcancé a conocerlo en su salsa, era una leyenda viva: el mejor bailarín de la Chichería (cuando había de eso) El rey del son le llamaban, sin saber cantar ni tener plata. Le llovían las invitadas y las mozas en la zona, porque verlo bailar era la fiesta, sentirlo llevar su pareja, entregado a esos ritmos cubanos de los años sin cuenta, era asistir a un goce, derrochando destrezas, eteridad, sensualidad, enfundado en su chaleco ajustado como corsé, sus sombreros de fieltro y sus zapatos rojiblancos de cuero tres coronas lujís, que destellaban bajo las luces intermitentes del Tíbiri-Tábara.

...Lo alcancé a conocer! Y es una lástima que muchos de ustedes en Folleco no lo llegaran a ver, o si tuvieron ese privilegio, si mucho les contarían que ese Sabas que andaba casi corriendo por estas calles frías, descalzo, con sus calzones cantinflacos, descolorido su sombrero, cuasi-mudo, es el mismo rey de la vida que, una mona del barrio enchamicó por quedarse con él".

2.28 El enemigo gratuito

Lo más probable es que nunca se esclarezca del todo el atentado en su contra. Lo más cruel es que justo al poeta le perforaron su lóbulo derecho, el de la creatividad. Tito no era únicamente poeta, era un luchador por los derechos humanos, un líder estudiantil y un ávido lector de libros "prohibidos", que participaba en manifestaciones y hacía parte de un partido alternativo. Por ende, no seguía modas, no compraba nada de primera, no fumaba, a no ser marihuana muy de vez en cuando, ni bebía licores. Su chicle era oír rock los

domingos, refugiado en su casa ubicada en barrio popular de casas apiñadas, donde al parecer también estaba domiciliado su enemigo gratuito.

El día que le mataron el poeta que lo habitaba en sus raptus de inspiración había escrito: “...Qué somos, mi reina? únicamente cocuyos en un abismo de sombras” en su cuaderno de notas, en la mesita de trabajo, y se había recostado en un sofá a oír entre otras canciones: “Los sonidos del silencio”, dando la nuca a la ventana, a través de la cual le dispararon.

A qué decir más, excepto que fue el mejor bachiller de su colegio y que ya a los 17 era padre y había escrito unos poemas intensos y profundos, algunos de los cuales conservan sus amigos todavía, que inéditos esperan edición. Por supuesto sobrevivió al asesinato de su imaginación y vive lejos de su enemigo gratuito, pero no pudo escribir nada más, y dicen que cuando le muestran sus versos, incapaz ya de reconocerse en sus metáforas, no entiende aquellas fantasías fruto de su imaginación.

3. Relatos

3.1 Confesiones de Eduviges

“Son dos o tres gestos los que quedan tatuados en la memoria de cada uno, cuando niño, o eso creo.

Yo recuerdo un temblor de tierra ocurrido en Folleco, en febrero del 67 que no fue muy lesivo, pero duró mucho. Tanto que alcanzamos a bajar de un segundo y tercer pisos de la casa, para ponernos a salvo en la calle, y ubicarnos lejitos del Caucho de enfrente y las cuerdas del tendido eléctrico, ¡y eso que éramos siete... nueve con mi madre y mi mamita!

Recuerdo que el poste de la luz se removió en el suelo amagando caerse, sobre la casa de enseguida, de donde salió Eduviges paniqueada a postrarse ante el poste, el cual en su barra de arriba (tenía unos aisladores de cristal y cuerdas rotas) parecía una cruz endiablada echando chispas.

Ella, digo, se arrodilló en la tierra de la calle, y barbotó atacada de llanto:

“Soy puta señor, y el barrio sabe. ¡Soy mujer y he pecado Señor!

¡Soy madre, abuela, hija, Señor!

¡He sido mala y buena Señor!

La mujer de Evelio he sido,

Y de Ernesto, al mismo tiempo;

los padres de mis hijos,

Y por tiempos he tenido otros

maridos que me pagaran el arriendo

o los servicios”, concluyó, echándose bendiciones, a diestra y siniestra:

“...Perdóname Señor!”

En esto, como si el cielo le escuchara cayó un rayo, y tronó el mundo. Un potente aguacero se largó que los hizo entrar a todos, menos a mí, quien como alucinada veía clamar a Eduviges que seguía confesándose, a los vientos:

“He pecado Señor y he sido perversa;

he usado bebedizos para atraerlos

y chamico en leche para retenerlos,

Soy bruja Señor, perdóname, perdóname,

(repetía, dando alaridos retumbantes)

No volveré hacerlo: ¡Lo juro! ¡lo juro!”

La madre tierra nos meció otra vez, y en este remezón Eduviges, abiertos los brazos, (a la manera musulmana) besó la tierra removida con su frente y estremecida por el temor o el arrepentimiento berreaba. Yo la veía brincarle el tronco.

De un instante a otro paró todo. Salió el arco iris. Doña Eduviges, untada de barro la cara me miró contrariada, entró a su casa y de un portazo en mis narices se encerró”.

3.2 Texto mosaico

La diferencia entre este lugar y el resto la hacían los baños. Bueno, y que era un estadero acogedor al que visitaban poetas y artistas y el viento de las cuatro, a cuyo soplo fuerte parecían dispersarse los egos y las dudas gracias a sus altos cielos rasos sostenidos por columnas griegas, aunque claro que no; pero, quién no querría estar allí oyendo lucideces y por supuesto también lo contrario que pasaban por alto para dar mate al delikatessen libanés.

Sin embargo, de no perderse eran los diálogos escritos en sus mingitorios... recuerdo este: “La pared y la muralla son el papel de...”, decía el uno. Y debajo otro escribiría: “...yo!”. De modo que un tercero, preguntaba: “... y quién es yo?” Y un cuarto respondía: “...Y es que usted no sabe quién soy yo?!!!”. De manera que un quinto había ripostado: “...pues yo no sabe quién es usted”. Y el sexto, agregó: “...Sí? ¡entonces Ud. no sabe lo que yo sé!”.

Serían los tiempos o las personas gramaticales que iban a aquel lugar follequirita los que guiaban la mano de estos ingenios, no sabemos.

Aunque, luego escribieran otros más personales o, mejor dicho, totalmente personales. Como este otro: “Si quiere ser más que tío o primo hermano, suelte lo que tiene en la mano”.

3.3 En brazos de Morfeo

Desde el 27... cuando me contagie, con no sé qué virus de los millones que hay en el ambiente, he dormido como una marmota durante toda luz y toda sombra, levantándome a atender apenas mis necesidades básicas y de pronto dar un borondo en bicicleta pa’ calentar los músculos.

No ha sido mi decisión, claro está. Normalmente, estoy despierto dos de las tres partes del día. Ahora, despierto de un sueño y me levanto, y, enseguida, la cama me llama otra vez, y así, como si fuera lo normal, una y otra vez.

Lo curioso es que no experimento cansancio de dormir y, lo es que peor, he descubierto que me gusta y pienso que qué bueno sería invertir el horario, quiero decir, dormir 16 de

las 24. Ahora entiendo que mi primo se quedara dormido hasta en el baño cuando era muchacho todavía. Si es que no hay mayor goce que el dormir. Además, se sueñan miles de cosas utópicas, incluidas pesadillas... ¡Puro cine dirigido por uno!

Sin embargo, no deja de perturbarme la frase de batalla de mi profesor de escritura (prematuramente fallecido hace ya tiempo), que trasnochaba parejo con nosotros, quien, cuando empezábamos a cabecear de sueño, nos decía: “¡Muchachos, hay mucho tiempo para descansar después de la muerte! ¡Para vivir sólo instantes!”.

3.4 Nicias, filósofo

Fui sastre hasta hace una década, mejor dicho, hasta cuando, ¡malhaya mis tijeras! Me cayeron de punta sobre el dedo gordo del pie. Al reaccionar el asiento se fue hacia atrás y hube de caer de espaldas al suelo, hollando el piso con mi occipucio. Debieron recogerme del suelo, privado, y llevarme al nosocomio de Folleco, lugar donde me curaron el pie, pero afortunadamente no del golpe en la cabeza pues desde eso me puse a pensar en lo vano de mi vida: apenas sí sobreviviendo de las costuras que me traían los vecinos, solo, abandonado de mis hijos, muerta mi mujer, pagando los servicios públicos, facturas que puntualmente llegan a este rancho. Ese golpe me hizo recapacitar, me dio luces sobre la miseria de vida que había venido llevando. Bien sé que uno no se muere en la víspera sino en el día, pero me di cuenta, que tengo los días contados y que debo hacer algo digno de la memoria y creo que esta rebelión solitaria que he emprendido en contra de la rutina y el establecimiento da sus frutos, porque desde aquello salí de mi anonimato.

Los primeros en notar mi situación fueron los vecinos que muy conmovidos vinieron a ofrecerme su ayuda: que vea don Nicias le dejo esta platica para que pague esto y lo otro... que le traje esta comidita o estas frutas para que disfrute... y yo nada más acostado, leyendo la revista *Selecciones*, de la colección que jamás toqué, recostado en mi camastro, lo cual me causa mucho placer, aunque no pueda leer sino de día. Adrede he dejado la puerta abierta para que la gente pueda pasar a verme. Preguntan si estoy enfermo y yo respondo con una sonrisa. La verdad, no quiero entregarles un mensaje deformado por las palabras, quiero estar tendido aquí en mi lecho pensando en las vidas anteriores que viví, dejándome llevar por mis recuerdos, olvidado de mí, haciéndome el muerto para los vivos y el vivo para mis muertos.

3.5 Teléfono negro

No sé cuándo se levantó nuestro teléfono. Entonces era el tradicional de cable de disco rotativo y escultórico yunque dónde posar el auricular, de timbre tan potente como alarmante, tanto, que inspiró una cinta de terror: "El teléfono negro" a Scott Derick, y antes debió influir en el título del maestro Vidales: "Suenan timbres". Sucesor directo, creo, del que inventó Meucci.

Ella vivía en la cuadra opuesta y desde una ventana, mostrando apenas insinuado el cuerpo, con el propio teléfono de su casa en una mano, nos llamaba: "Holaaa ... si quieres saber quién te llama, asómate a la calle que estoy en la ventana del 23-66 a tres cuartas de ti. No debes conocerme puesto que somos nuevos por acá". Al principio no le salía pensando en que era una broma de amigos, pero al cabo de una semana le seguí el juego y salí a la calle. En efecto hice contacto visual lejano con su brazo batiendo el auricular. Volví al teléfono y me dijo: "Yo te he visto y me gustas y deseo que nos conozcamos. Si quieres nos vemos en el parque, en la banca de enfrente de la fuente de las ranas". Yo que soy un caballero y atento, asistí puntual a las tres de la tarde ese domingo cálido, compré medias lunas para los dos, me robé una flor de los jardines del lugar para el momento del encuentro y le compré un globo a modo de bienvenida. Fui a sentarme a la banca que estaba ocupada en su extremo izquierdo por una mujeruca mayor, a la que no paré bolas: "¿Puedo?" Le pregunté casi sin verla. —"Sí." respondió mohína. Examiné mi reloj. Eran las tres. Iba cachaco, el corazón sobresaltado y frías las manos. Estuve pensando en cómo iría a ser la cosa y ahora echaba volutas, pero pasó un cuarto de hora y ella nada que aparecía. Le pregunté a la desconocida: "Qué hora tiene en su reloj" pregunté: "Son las tres y veinte". Entonces pensé que quizás se había arrepentido. Esperé unos largos minutos más y no.... no llegó. Me paré de la banca, regalé a un niño el globo, y a un mendigo los panes, y me fui silbando "Candilejas". Me encerré y acosté a meditar. Pero, no habían pasado cinco minutos cuando me sacaron de mis cavilaciones unos nuevos timbrazos, oí al otro lado de la línea: "Holaaa... no me reconoció, ¿no? ...Malo! ...Y qué hizo con la flor?"

3.6 Hasta el último aliento

Don Agustín papá de Zora, Pato, Gaviota, Paloma y Tuto, decía cuando superaba las crisis de asfixia provocadas por su trato durante años con fibras de asbesto, incapaz de imprecar o maldecir, debido a su decencia, exclamaba, digo: "Bendito Dios que puso cresta al gallo, patas al caballo, pico al diostedé". Se había criado en una finca de tierra fría sin pereza ni plata, de manera que cuando emigró a la ciudad se metió a trabajar en la rusa, se casó, consiguió un lote y madrugando a las tres de la mañana, solo, con sus manos, en esas horas libres de cuatro a siete, hizo el plano y levantó la casa que sería su hogar del resto de su vida, la cual, aunque relativamente corta, fue fecunda. Nadie, conjeturaba, lo había mandado a él a cambiar de oficio y a meterse a manipular esa fibra aislante industrial que por entonces no se asociaba con el cáncer pulmonar, a respirar constantemente su atmósfera. Con todo, trabajó hasta el último aliento porque no concebía la vida sin estar ocupado haciendo algo, aunque debieron jubilarlo antes de cumplir la edad.

|

Sus últimos días de vida los pasó dibujando bellos pájaros y estrellas.

3.7 Belleza trágica

Hace como tres décadas llegó a Folleco, intacta su hermosura de estación en flor. Venía del campo, como tantas otras desplazadas. Era un sol. El oro y el moro le habrán ofrecido para que diera sus amores a la follecada, su fama creció boca a boca en este pueblo pequeño, prodigando sus primores en casas finas; después la vi semidesnuda, vencida por el trago y el trasnocho en una esquina callejera sobre una montaña de latas vacías de cerveza como un sueño de día. Era la segunda muñeca más preciosa de cuantas me ha sido dado ver en el mundo. Era la luna en fuga de la vigilia. Después, después, después la sentí rodar entre sombras como un guijarro por barrios de mala muerte y calles de amargura, pasando de envidiada a enviciada. Aquella imagen del comienzo eternizada en mi memoria me interroga y me subleva: ... por qué tanto sufrimiento, tanta hermosura e injusticia!

En fin, ella duró lo que dura una flor.

Hoy he topado con una chica idéntica, en harapos, a la margen del río que atraviesa la ciudad: rubia auténtica peinándose ante un espejito roto en pose de adoración erguida

sobre sus rodillas, ya liviana como un soplo, contemplándose e inclinando el diamante de su rostro para aprobarse. La noté trabada monologando pasito entre el ruidaje de las siete. Al lado tiembla un puente sobre el oleaje, cargado de gente en lo suyo, hacia lo suyo, a sus espaldas, el río murmura una creciente. Tendrá quince, a lo sumo; anda zambullida en la bohemia del surungo, quizás buscando el fondo, entre otros marginados. Sus ojitos azules compiten con el brillo de la mañana. Me descubre viéndola y dice como si emergiera de las olas un aterciopelado "buenos días" de gatita en desamparo.

Dicen y ello es probable, que quizás sea una hijita de aquellas que dejó la primera.

3.8 Un recuerdo latente

Se sabe, algo muy fuerte no se olvida, aunque el trauma lo haga apenas latente. Lo fuerte modela y modera la existencia. Hará unos sesenta años fui a acompañar a mi amigo y compa escolar Toño Rengifo al anfiteatro, a llevarle el almuerzo a Cotorrito, el pulido ayudante del legista, en una de esas jornadas de trabajo de ellos, enviado por la señora madre de Rengifo. El alrededor de la morgue se hallaba tuquío de curiosos que hacían escaleras humanas para fisgonear quién o quiénes eran los muertos de ese día; se trataba de alcanzar a mirar a través de las altas troneras del pequeño edificio, ubicado en la antesala del cementerio viejo, o subidos a los árboles aledaños. La verdad me sentí importante pidiendo permiso entre ellos hasta llegar a la puerta donde un kinkón malencarado, al vernos con los balancines de los portacomidas al hombro nos dejó pasar: "Sigán, pero no miren los muertos que después no duermen" dijo, y dicho y hecho, no bien entrados al frío recinto con olor a formol y carne humana, fue lo primero que hicimos.

Cotorrito, como si estuviera en casa corrió el cadáver que tejía con capotera, a un lado abriendo espacio con el codo, se quitó sus guantes y procedió a disponer las viandas en aquel mesón de cemento, buscó la cubertería y de modo elegante fue comiendo, pero cuando iba por la carne ensartó un trozo e intempestivamente, lo acercó a mi boca, diciendo: ... ¿Querés?

-No! -respondí, horrorizado. Yo me había quedado mirándole comer fijamente, y él interpretaría, que a lo mejor tenía hambre. Antonio se rio de la cosa, pero a mí no me gustó porque entendí que el "rajamuertos" ese, quería asustarme más de lo que ya estaba en

medio de aquellos cadáveres semi destripados. El doctor lo miró por debajo de sus gafas reprendiéndole, y él apresuró el ritmo de su almuerzo... ¡Qué alivio! Yo no veía la hora en que terminara de comer para irnos.

Después, afuera, la gente nos recibió como a celebridades preguntándonos, si sabíamos los nombres de los asesinados. Por supuesto que qué íbamos a saber...

Pero aprendí que estos muertos no eran corrientes sino asesinados, y que debí atender al consejo de aquel guardapueñas, porque durante varios días soñé con aquellos cadáveres que al ser cosidas sus heridas por Cotorrito, revivían gritando y esos gritos, me despertaban (a mí) gritando a media noche.

Había olvidado esa experiencia. Y ahora, después de tanto tiempo, me viene nítida. Creo que esta noche no conciliaré el sueño y me provoca meter también el grito de espanto reprimido que llevo dentro, desde esa vez.

3.9 Orando por el universo

Nunca he visto una bandeja de frutas y especias más bien presentada y fresca que la que le sirvieron para el Swami Ulrich Harlan, un “Maestro Perfecto” que no venía de la India, sino de Alemania, curiosamente, el cual se veía muy saludable y practicaba el vegetarianismo, como todos sus súbditos, el culto a su dios moreno de dos brazos, legado del Swami Prabhupada, se había extendido por entre países sudacas, y En Folleco, también estaba, faltaba más! Habían fundado su sede en un alto segundo piso del centro.

Yo asistía a sus fiestas espirituales por invitación de la madre Rosadhari que hacía Bhakti en el templo, donde me movían la curiosidad, las prasadam una comida exquisita para ellos que compartían con los infieles, como yo, y “Rosi” que era una mujer muy espiritual de ojos azules y hermosas manos (era todo lo que podía verle). Ellos eran un grupo de más de una docena, hombres y mujeres, arrepentidos, en su mayoría, que no tenían sexo olímpico, no comían carne, no jugaban chance, ni otros juegos, y no consumían drogas alucinógenas ni psicotrópicas, se levantaban a las tres A.M. a orar por el universo, entre inciensos y velitas, que, desde las seis, luego de primicias, salían a ofrecer; ellos pelada la cabeza y ellas tapadas hasta la cara, por la ciudad. Me encantaba su bondad, ese ser

genuinamente ingenuas almas "tominonas" ese querer despojarse del cuerpito y las tentaciones, su estilo colorido hindú, y la devoción total a Visnú, cuya apariencia cambia a cada instante, y es la representación de los seres y las cosas del universo veda.

Su vida era orar y tentar con el azul intenso de su mirada entre su sari (a este pecador impenitente) Dejó a sus hijos a cargo de su familia en la capital prendada de esta revelación y así había renunciado al mundo y sus arepas: De su vida anterior solamente conservaba su fervor por la música y tocaba uno de los címbalos con que amenizaban sus bailes en los parques y baldíos del pueblo y mientras, elevaban cánticos mágicos a Vaisna Gaudiya, y sus avatares.

Amaba ser alma gloriosa y aunque el ayuno la traía un poco flaca, bajo su túnica vaporosa se mantenía firme en su credo: "Bapu ... pero si ayer ayuné" le escuché exclamar alguna vez, desde el primer piso, a su superior jerárquico: "-Bhakti, significa servicio, madre Rosadhari, sacrificio, devoción", repuso el otro, detrás de un biombo.

A pesar del respeto que me inspiran no puedo dejar de pensar en la succulenta bandeja ofrecida al Gurú Paramadvaiti, en contraste con los ayunos de Rosi´.

3.10 El cerco desbordado

Nació pobre, en un país marginal, no tuvo estudio ni apoyo, y temprano digo (... evocando a J.E. Rivera) 'se lo ganó la violencia´.

Lo conocí en la cana, era el mejor escritor de cuantos que he conocido, con excepción de Gabo, y mis amigos literatos. Se supone que mi propósito allí era contribuir a mejorar las dotes de quienes están presos, para escribir crónicas, cuentos y poemas, dentro del programa "Libertad bajo palabra" y aprovechar un poco las posibilidades de la literatura en la sublimación de sus conflictos. Y la verdad, la cosa iba resultando al revés porque antes que enseñarles nada, aprendí mucho de ellos; sus vidas son de fábula. Se diría que, como en las comedias de Ben Jonson sus acciones y enredos retan el límite de lo posible de principio a fin, y no paran si no es ante el muro contra el que finalmente se chocan que puede ser la cárcel, el hospital, la muerte o el castillo, cuando logran coronar. Y en sus historias de vida cuentan esas peripecias con tal naturalidad como sólo pueden contarlas

los que han vivido las cosas. Pero, este colega que les digo no suele hacer relato autobiográfico; escribe arte, a secas, sus narraciones son portentosas en fantasía, en giros verbales, en experiencias míticas, y destellos poéticos, en maravillas reales que transportan a su mundo imaginario que a veces recalca en lo primigenio*, yo diría que reúne en él a Poe y Karl Gjelleruk, el autor de El Peregrino Kamanita, es grande el negro, y sabe cuánto vale también; muy a pesar del dolor infligido y las guerras peleadas, y los muchos años perdidos o ... ganados? en prisión, en donde, por supuesto lee y escribe.

...Qué sería de este genio de la imaginación y sus palabras imantadas!

* *“En la época del jaleo se le apareció el Putas, lo supo porque le descargó nueve tiros: “No suelo chicanear, pero no le erré ni uno. Él, apenas me sonrió y dijo: Soy Belial no insistas en matarme...”* (Bueno, así empezaba uno de sus relatos.)

3.11 La muerte sabe por qué

El día que lo mataron fue al taller a que le engrasáramos la bicicleta; tenía una de carreras como de quinientos mil: “Ponémela full que quedé de madrugar mañana con unos güevones amigos míos, a la fría; aunque yo si mucho subiré hasta la virgen, siendo optimista... con esta tula que he criado manejando bus ni porque ande en una nave espacial podré pasar de ahí! a lo sumo hasta antecitos... pero, de pronto, o quien sabe!” - nos comentó riéndose.

De nohecita, eso fue el sábado, salió por ventearse en la tienda de la esquina, y a tomarse un cervazón. En eso estaba cuando el que lo mató pasó por ahí, se devolvió y le pegó tres tiros.

... ¡Y sabe qué, dizque le dieron por quitarle la ruta! Claro que nadie sabe lo de nadie, pero uno veía que el hombre era bien, ¿no sé... o estaría haciendo torcidos? Ah, pero no creo.

3.12 Tren de chuzo

¿Reinosa, profe? Ese man no creo que vuelva. ¿No ha notado que últimamente, varia gente no ha vuelto?

Es por eso profe, andamos medio despiertos, medio dormidos, desde eso.

En la celda la mayoría duermen parados desde el tren de chuzo para Reinoso, profe; dando la espalda a la pared. O acucillados, cosa que no nos vayan a coger cansados...

Usté sabe pro, acá la mayoría la deben y la temen ... sí me entiende?

Todos aquí somos cagada (o casi...) Todos tememos ser asesinados. Reinoso dio papaya y ya ve profe como lo cogieron entre varios, le taparon la boca dormido, y aunque es fuerte le agarraron de pies y manos y la liebre se le guindó sobre el pecho y casi se lo lleva, ¡pro` ... casi!

Por eso no volvió, lo tienen en el dispensario. No sé cómo está Rei` vivo... (o eso dicen) Con ese tren tan áspero que le pasó por encima. De aquí lo sacaron casi cadáver pro'. Fui a verlo.

Me dolió encontrarlo así con gasas hasta en la cabeza, le dieron puñal en el pecho, el cuello, las manos..., estaba golpeado también.

Ensayó reír al verme, pero creo que hasta la risa le dolía.

No pude acercarme mucho a su cama. No dejaron darle nada (estaba vigilado y los guardianes desconfiaban, no querían otro descuido)

Desde su lugar, con gestos me contó de la mordaza con las manos, de la inmovilización entre varios y claro, del atentado a puñaladas.

El maestro debe ser ecuánime, debe ser solidario, debe ser como otro padre, no debe juzgar sino comprender, eso creo.

Reinoso en efecto, no volvió a clase.

... ¡No! No murió, perdió el volumen de la voz, y quedó hablando, así como en secreto.

Lo trasladaron a otro penal.

3.13 Philtrum

Es el último punto que se forma en la cara, pero pasa ignorado.

De hecho, casi nadie sabe que a esa feliz hendidura que se halla debajo de la nariz encimita del labio superior se llama así y sirve para bonito, nada más, aunque en algunos animales contribuye a trasladar humedad de la boca a la nariz y afinar así su olfato. El Philtrum, para ser más exactos limita con el arco de Cupido de la boca (que aparece muy definido en las caras jóvenes). Puede ser que antes, cuando el hombre todavía desarrollaba un olfato muy potente cumpliera esa función, pero ya no. Yo gané varias apuestas con este dato, les pregunté a mis amigos o conocidos de Folleco si sabían nombrar cada punto de su rostro y claro, estaban tan seguros o convencidos de saber que ninguno rechazaba apostar por algo tan obvio, habiendo perdido hasta grandes sumas conmigo, porque al preguntárseles por la tal hendidura naso-labial, no supieron responder.

De manera que, si quieren hacerse ricos, basta con que aprendan este truco. Después, párense y digan, veo que ninguno adivinó el nombre del philtrum, ahora quién quiere apostar a responder por otra parte de la cara que no es el philtrum, pero limita con él. Quién se arriesga. Ya lo dijimos:

... ¿Cómo es que se llama su límite?

3.14 Metamorfosis

A Wenceslao Pérez le cambió la vida por completo un accidente en el que de inmediato perdió el carro, y en el pleito subsiguiente, la casa y los ahorros de quince años de trabajo honrado, dedicación y cordura, empeñados en sacar adelante su hogar, pero, además lo obsesionó el hecho de que la víctima fatal fuera una niña de once años, los mismos de su hija. La verdad es que él no tenía nada de qué culparse, la chica se atravesó en la trayectoria de su automóvil, el frenó casi en seco pero, Evita recibió un golpe en la frente que rompió una farola derecha de su Oldsmovil 66, un carro clásico, que conducía los domingos, por sport, no había tráfico casi, y la nena salió corriendo intempestivamente, de la casa, para encontrar la muerte. A pesar de la soledad de la calle, no huyó, antes bien,

se bajó y recogió a Eva, para llevarla al hospital, acompañado de la madre quien lo culpó desde un principio.

Finalmente, pudo demostrar su inocencia después de un largo pleito cuyas costas lo dejaron, como para volver a empezar.

Quizás el hecho del continuo llamado de las autoridades a rendir su declaración una y otra vez, hizo que él, de tan presente como tenía el caso, terminó enredado en su propia red de conjeturas del tipo de: “y... qué hubiera pasado si...”. Lo aterraba la idea recurrente de que qué tal que la niña hubiese sido su hija, y este supuesto le hacía verter amargas lágrimas, siguió haciendo la vida como suelen las personas equilibradas que sostienen este mundo, asistiendo puntual a su trabajo, y con rigor no exento de una sensación de absurdo, haciendo su trabajo oficinesco, y al cabo de una década, al cumplir las semanas necesarias para su jubilación, se retiró no obstante las contrariedades con su esposa que no lograba entender por qué tenía que salirse si aún no llegaba a los cincuenta. Decidió sentarse a ver pasar los días ... necesitaba pensar, darse una tregua, dejar que el mundo siguiera sin él. Decidió cambiar de ciudad, de gente, de trabajo, se volvió “irresponsable”: No jodás vieja, la vida se pierde a cualquier instante, y uno no sabe si sea el próximo, le dijo un día a Feliza. Ella alarmada llamó a los familiares y amigos lanzando su SOS, por su salud mental, organizó una fiesta a modo de excusa por el título recién adquirido de la hija, y bien afilados acudieron a entablar conversación con él que paciente, les escucho sus consejos y razones, en silencio. Entonces al final de la reunión paró los músicos y tomando el micrófono, dijo:

Tranquila hija, tranquila hija, tranquilos familiares y amigos todos, gracias por venir, por el milagro de estar aquí todos, el porvenir es incierto, ¡a cualquier momento... y uno no sabe si sea el próximo! Eso no significa que piense en el suicidio, todo lo contrario, el accidente aquel, me ha llevado a pensar que la única obligación que uno tiene realmente es vivir. No hui de ustedes, hui de mí mismo. Cumplí y prueba de ello es que Lucía se gradúa hoy. Ahora estoy intentando fluir con el río de la vida.

3.15 100 años de V.P

Coincidieron en el aeródromo de Folleco, le ayudó un poco con las maletas y la acompañó a esperar el vuelo. Estaba perfectamente admirado de su presencia potente, aunque menuda, que le recordaba a alguien, a quién no atinaba a reconocer exactamente. Fueron a la cafetería y tomaron un traguillo ligero, a ella le gustaba estar prendida un poco, antes de actuar. Él pensó, no entendía por qué se trataba de una actriz de teatro existencial de las de antes, o la esposa separada de algún conocido de hace años, enfundada en su traje de tela gruesa impresa de rosetones como de tapizar muebles y sonrió para sí. Ella perspicaz, notó su gesto, y le preguntó de dónde era. Le contó que era aquí de Folleco, aunque había vivido en Chile, en su juventud; ella, discretamente, volteó la conversación a la farándula, y él tuvo que confesarle que no sabía nada de eso, porque en su tiempo no había tele, y aunque leía, eran cuadernillos de la revolución y no frecuentaba las Selecciones que circulaban por allá en los 60s. Ella suspiró y tranquilamente le extendió una tarjeta entrada doble a una presentación suya, próximamente, en el teatro Colón mientras estaban en la salita de espera, aunque haciéndole una advertencia: "No la mirés hasta tanto coja ese avión y me vaya ... querés?".

-Claro que sí quiero, e iré a tu presentación, así deba ir a los infiernos.

La artista al despedirse le abrazó cálidamente, y estampándole un beso en el cachete le susurró: "Ojo, lo esperaré".

Él quedó perfectamente hechizado con ese besote y esa ilusión en el bolsillo de la chaqueta.

Llegó a la casa y con el corazón agitado rompió el sobre y leyó: "invitación a concierto: Después de Vivir un Siglo... Violeta Parra."

-"...Claro! Era ella. Dios hizo que se borrara de momento en mi mente, para que la magia del encuentro fuera posible" -pensó- "Porque de no ser así, mi admiración por ella no me habría dejado ser naturalmente".

Releyó:

100 años de V.P.

"Teatro Colón de Buenos Aires

19 de julio de 2017."

¡Ah, pero no puede ser! Violeta murió hace más de medio siglo, es imposible, se dijo.

_"Sí. El 5 de febrero de 1967" le llegó como en eco la fecha. Y como en eco le llegó también la canción: "Gracias a la vida" que bellamente cantara su hermana del canto Mercedes Sosa.

...Ella no ha muerto! -suspiró.

3.16 Rompecocos

¿Al escuchar eso instintivamente me llevé las manos a mi cabeza pensé ...quién fue su dueño? Es inevitable se me vino a la mente la pregunta sobre: en qué estarían pensando las cabezas de sus decapitadores, quienes encontraron ideal echarla a rodar dentro de una bolsa de basura al frente de una casa que funcionó como periódico hasta hace poco, en zona céntrica de Folleco, a pepo de un puente sobre el río tutelar. Luego, de un esfuerzo de imaginación, barrunté sus risotadas macabras, supuse su fuga en carro (¿la tirarían desde el carro al río, y está, en vez de caer al agua, chocaría con la baranda y rodaría devolviéndose como una pelota por esa calle?) imagino su llegada a dormir (¿dormirían?) esa de noche. Inevitable sentir dolor de cabeza. Nervios. Náusea. Como decían antes las abuelas... ¡Dios los perdone, porque de mi parte es muy difícil! ... dónde ha quedado la sacralidad de la vida?

Días después supimos que se trataba de la cabeza de un joven de El Conchal. No era pariente ni conocido ni paisano.

Fin.

4. Conclusiones y recomendaciones

4.1 Conclusiones y recomendación única

Después de terminar este libro que en principio propusimos llamar “En un punto el infinito”, el cual se pensó para 250 páginas o más, llegamos al acuerdo con nuestro tutor Ph.D. Guido Tamayo Sánchez, grande escritor y poeta colombiano, que debíamos cambiarlo por: “Mi morada cósmica”, título al que por sugerencia del Maestro dramaturgo, y director teatral Javier Engelberg Gámez, profesor evaluador, suprimimos el pronombre posesivo “mi”, por resultar quizás innecesario, habiendo quedado finalmente “Morada Cósmica, Historias y perfiles”, lo mismo que se redujo sensiblemente el número de sus páginas previstas. Lo que lo hizo ideal como trabajo de tesis puesto que mucho abarcar a veces impide el examen exhaustivo de los textos, de manera que, de unos trescientos textos presentados se decantaron y pulieron los elegidos. De manera que, como suele pasar, a medida que avanzamos en el proceso de la tesis fuimos aterrizando los sueños y accediendo a lo que es viable y realizable.

Este libro Morada Cósmica surge de ese rifirrafe amistoso con los tutores y el interés de mi parte de entregar un ejercicio literario digno de ser leído.

Morada Cósmica quiere ser el primer libro de la serie de historias y perfiles que constituyen mi cosecha literaria de estos dos años. Con suerte, si Dios nos da vida, y no poca voluntad de realización y aprovechamiento de lo aprendido, cristalizaremos en libros los demás ejercicios producidos.

Recomiendo, inmodestamente, que Morada cósmica, historias y perfiles sea considerado entre los libros a publicar por la Universidad Nacional de Colombia, lo cual supondrá un gran estímulo para este autor de la provincia vallecaucana.